

LA ESTRATEGIA DE SATANÁS CONTRA EL CRISTIANO: LA GRACIA BARATA.

Pr. Joaquín Yebra.

Octubre de 2010.

COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER DE VALLECAS-VILLA.

Contenido

INTRODUCCIÓN:	2
EL PRECIO DE LA GRACIA DIVINA.....	4
LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO	10
LA PRIMERA ESTRATEGIA DEL MALO.....	14
LA SEGUNDA ESTRATEGIA DEL MALO.....	17
LAS CLASES DE FE DE QUE HABLAN LAS ESCRITURAS	21
EL CRISTIANO Y EL PECADO	24
SEREMOS JUZGADOS POR NUESTRAS OBRAS	27
LA GRACIA VERDADERA	30
LA SALVACIÓN ES DE DIOS	40
EL LLAMAMIENTO EFICAZ DE DIOS NUESTRO SEÑOR.....	45
EL VERDADERO ARREPENTIMIENTO	51
CONCLUSIÓN.....	57

INTRODUCCIÓN:

Las Sagradas Escrituras dan claro testimonio de que en Jesucristo tenemos los dones siempre inmerecidos del perdón de los pecados y de la vida eterna.

Pero, ¿vino Jesús para que sigamos pecando sin sentir culpa por ello?

¿Vino para que, bajo el pretexto de afirmar estar en la gracia, podamos seguir viviendo la misma clase de vida vana que vivíamos antes de hacer una profesión de fe?

¿Vino Jesucristo para quitarnos el sentimiento de culpabilidad o para acabar con la esclavitud del pecado?

¿Vino para que sigamos pecando sin culpabilidad, lo cual sería a todas luces un total despropósito, o vino para conducirnos al arrepentimiento del pecado y a la remisión del mismo?

¿Vino para que digamos que tenemos fe o para vivir por la fe?

¿Vino para que elaboremos documentos y declaraciones de fe, llamados "*credos*" o "*bases doctrinales*", o vino para conducirnos por el camino de la fidelidad?

Llevamos mucho tiempo derramando litros de tinta para tratar de explicar que el Señor nos ha liberado de la culpa, pero la declaración profética de Juan el Bautista respecto a Jesús de Nazaret no fue precisamente esa:

Mateo 3:2-3, 6, 11: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. Pues éste (Jesús) es aquél (Jehová) de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: Voz del que clama en el desierto; preparad el camino del Señor (Jehová), enderezad sus sendas... Y eran bautizados por él (Juan) en el Jordán, confesando sus pecados... Yo (Juan) a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí (Jesús), cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él (Jesús) os bautizará en Espíritu Santo y fuego."

Juan 1:29-34: "El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo. Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo

bautizando con agua. También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu (Santo) que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu, y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios."

Estos textos muestran clarísimamente que nuestro Señor Jesucristo no vino para quitar el sentimiento de culpa, sino para quitar el pecado. Es más, la remoción de la culpa permite pecar más fácilmente. De ahí que el número de cristianos cuyas conciencias se han adormecido y sus corazones están "vacunados" contra el verdadero Evangelio del Reino y de la Gracia, por la predicación de un pseudo-evangelio adaptado al mundo y a sus principios, sea mucho mayor de lo que podemos imaginar.

¿Es Jesucristo el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo o vino a traernos un mensaje que mediante la remoción de la culpa promueve la práctica del pecado bajo el pretexto de una "gracia" que es la mayor *desgracia* para el futuro del hombre?

Las palabras de nuestro Señor Jesucristo no dejan margen para pensar semejante atrocidad:

Juan 8:34-36: "Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres."

Somos siervos de aquel a quien servimos; o del pecado, que produce muerte, o bien siervos obedientes al Señor, quien nos conduce por la senda de la justicia. En definitiva, Jesús no puede ser "Señor" de quienes quieren seguir siendo esclavos del pecado.

Romanos 6:15-16: "¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?"

La contundencia de las palabras de Jesús es absolutamente incuestionable:

Lucas 13:3: "Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente."

En esos mismos términos nos llega la enseñanza del autor de la Epístola a los Hebreos:

Hebreos 4:2, 6: "Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron... Por tanto, puesto que falta que algunos entren en él (en el reposo del Señor), y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de la desobediencia, otra vez determina (el Señor) un día: Hoy, diciendo después de tanto tiempo, por medio de David, como se dijo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones."

-0-0-0-0-0-0-

EL PRECIO DE LA GRACIA DIVINA

Desde la difusión de la obra del pastor, teólogo y mártir Dietrich Bonhoeffer¹ titulada *"El Precio de la Gracia"*, la expresión *"gracia barata"* se ha extendido notablemente en muchos círculos teológicos.²

"La gracia barata es el enemigo mortal de nuestra Iglesia...

Es la gracia considerada como una mercancías que hay que liquidar, es el perdón malbaratado, el consuelo malbaratado, el sacramento malbaratado, es la gracia como despensa inagotable de la Iglesia, de donde cogen con manos descuidadas para repartir sin escrúpulos ni límites; es la gracia sin precio, que no cuesta nada. Porque se dice que, según la naturaleza misma de la gracia, la cuenta ha sido pagada de antemano para todos los tiempos.

¹ Dietrich Bonhoeffer (Breslau, 1906-Flossenbürg, 1945), pastor y teólogo luterano alemán, fue vicario de las comunidades luteranas de lengua alemana en Barcelona (1928-1929) y Londres (1933-35). Sus trabajos *"Sanctorum Communio"* (1930) y *"Acto y Ser"* (1931) produjeron su incorporación a la Universidad de Berlín. Bonhoeffer denunció el peligro del apoyo masivo dado a Hitler y se opuso frontalmente a la política antijudía y racista del III Reich. Pronto fue desposeído de su cátedra. En 1937 publicó *"El Precio de la Gracia"*. En 1939 viajó a los Estados Unidos. Desde 1940, fue uno de los principales dirigentes de la iglesia confesante. En 1943 fue detenido bajo la acusación de haber participado, junto con el almirante Canaris y otros conspiradores contrarios al régimen nazi, en el noveno atentado contra Hitler. Fue condenado a muerte y ejecutado en el campo de concentración de Flossenbürg. Durante su cautiverio escribió un epistolario que fue publicado en el año 1951 bajo el título de *"Resistencia o Sumisión"*. A pesar de su corta vida, el pensamiento de Bonhoeffer ha influido poderosamente en la teología de la segunda mitad del siglo XX, y continúa haciéndolo en nuestros días.

² Bonhoeffer, Dietrich, *"El Precio de la Gracia"*, Ediciones Sígueme, Salamanca, España, 1968. (Existen varias reediciones en castellano).

Gracias a que esta cuenta ya ha sido pagada podemos tenerlo todo gratis. Los gastos cubiertos son infinitamente grandes y, por consiguiente, las posibilidades de utilización y de dilapidación son también infinitamente grandes. Por otra parte, ¿qué sería una gracia que no fuese gracia barata?

La gracia barata es la gracia como doctrina, como principio, como sistema, es el perdón de los pecados considerado como una verdad universal, es el amor de Dios interpretado como idea cristiana de Dios.

Quien la afirma posee ya el perdón de sus pecados. La Iglesia de esta doctrina de la gracia participa ya de esta gracia por su misma doctrina. En esta Iglesia, el mundo encuentra un velo barato para cubrir sus pecados, de los que no se arrepiente y de los que no desea liberarse. Por esto, la gracia barata es la negación de la encarnación del Verbo de Dios.

La gracia barata es la justificación del pecado y no del pecador. Puesto que la gracia lo hace todo por sí sola, las cosas deben quedar como antes...

El cristiano no tiene que seguir a Jesucristo; le basta con consolarse en esta gracia. Esta es la gracia barata como justificación del pecado, pero no del pecador arrepentido, del pecador que abandona su pecado y se arrepiente; no del perdón de los pecados que nos separa del pecado. La gracia barata es la gracia que tenemos por nosotros mismos.

La gracia barata es la predicación del perdón sin arrepentimiento, el bautismo sin disciplina eclesíastica, la eucaristía sin confesión de pecados, la absolución sin confesión personal. La gracia barata es la gracia sin seguimiento de Cristo, la gracia sin cruz, la gracia son Jesucristo vivo y encarnado."³

La degradación de la gracia de Dios en la predicación de muchos círculos eclesiales del *evangelicalismo* moderno está alcanzando cotas insospechadas, llegando en algunos casos a hacer de la gracia divina una mercancía de saldo, de remate de oportunidades, como si fuera una mercancía de escasísimo valor.

El desprecio de las palabras de nuestro Señor Jesucristo ha alcanzado niveles que superan toda imaginación. La degradación es más que palpable en nuestros días. Basta con echar una mirada a los acontecimientos de corrupción de clérigos e iglesias, de denominaciones y otras entidades religiosas, especialmente en lo referente al sexo, para percatarnos de lo avanzados que estamos dentro del tiempo de esa honda e irreversible degradación de la Iglesia, que la Biblia denomina la "*gran apostasía*".

Es sumamente interesante considerar las palabras que el Apóstol Pablo profetizó acerca de lo que acontecería después de su partida, en Hechos 20:29-30:

"Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos."

Esos *lobos rapaces* son los que nuestro Señor Jesucristo describió como *cizaña*, en Mateo 13:37-43:

"Respondiendo él (Jesús), les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del

³ Boenhoeffer, Dietrich, op. cit.

siglo; y los segadores son los ángeles. De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga."

La cizaña no son espigas sino hombres perversos que de la propia Iglesia se han ido levantando para tratar de destruir la obra de Dios, contaminando el Evangelio del Reino y de la Gracia, degradándolo y corrompiéndolo hasta convertirse en auténtico libertinaje, atrio de mercaderes, como había llegado a convertirse el antiguo Templo de Jerusalem, nidos de nepotismo vergonzoso y cantera de escándalos que hacen temblar la fe de los más sencillos hasta nuestros días.

2ª Pedro 2:1-3: "Hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aún negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme."

Éstos son, indudablemente, los mismos impíos de quienes habla el Apóstol Judas en su Epístola:

Judas 3-4: "Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo."

El Apóstol Pedro profetiza después acerca de los detractores del camino recto:

2ª Pedro 2:15: "Han dejado el camino recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad."

Después pasa a referirse a los burladores del Segundo Adviento de nuestro bendito Redentor, probablemente la más olvidada de las doctrinas de las Sagradas Escrituras en nuestros días:

2ª Pedro 3:3-4: "Sabiendo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación."

Y, finalmente, el Apóstol Pedro profetiza sobre los torcedores de la Gracia de Dios:

2ª Pedro 3:15-16: "Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación, como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos y los inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición."

Los lobos rapaces se metieron y se meten hasta el día de hoy en la Iglesia para negar la redención de nuestro Señor Jesucristo, el camino recto de la vida de santidad, el advenimiento de nuestro Señor con poder y gran gloria, y la gracia de Dios.

En los días de Pablo y los demás Apóstoles, se levantaron muchos lobos rapaces, engañadores que negaron la resurrección, abandonaron la fe y la obediencia, y arrastraron tras sí a muchos hermanos débiles, socavando el fundamento de la fe de los escogidos:

2ª Timoteo 2:19: "Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo."

El camino de salida de la degradación de la Iglesia para volver a la "*gracia cara*", dejando atrás el abaratamiento de la gracia hasta convertirla en libertinaje, consiste en oír la voz del Espíritu Santo en las Escrituras y en la profecía, bebiendo del Paráclito hasta rebosar; lavando nuestras ropas, es decir, la conducta del bienaventurado, lo que significa andar en santidad; y comiendo la Palabra de Vida de Cristo Jesús, nuestro árbol de vida, con su fruto y sus hojas, para obtener la sanidad que lleva a vida eterna.

Urge un acto de genuino arrepentimiento universal, haciendo nuestras las palabras del profeta Daniel a favor del pueblo hebreo:

Daniel 9:3-6, 19: "Y oré al Señor mi Dios e hice confesión diciendo: Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos; hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra... Oye, Señor: Oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre la ciudad y sobre tu pueblo."

Estas palabras de Daniel nos traen a la memoria aquella oración pronunciada por el hermano Joe Wright, pastor de una de las iglesias de la ciudad, a quien se le pidió que dirigiera, como era costumbre, una plegaria al comienzo de la sesión de inauguración del Senado del Estado de Kansas. Todo el mundo esperaba una oración estereotipada, de circunstancias, como todos los años al comienzo de la legislatura, pero esto fue lo que salió de los labios del hermano:

"Señor, venimos delante de ti este día para pedirte perdón y para pedir tu dirección..."

Sabemos que tu Palabra dice: 'Maldición a aquellos que llaman 'bien' a lo que está 'mal', y es exactamente lo que hemos hecho...

Hemos perdido el equilibrio espiritual y hemos cambiado nuestros valores...

Hemos explotado al pobre y hemos llamado a eso 'suerte'...

Hemos recompensado a la pereza y lo hemos llamado 'ayuda social'...

Hemos matado a nuestros hijos que aún no habían nacido y lo hemos llamado 'libre elección'...

Hemos abatido a nuestros condenados y lo hemos llamado 'justicia'...

Hemos sido negligentes en disciplinar a nuestros hijos y lo hemos llamado 'desarrollar su autoestima'...

Hemos abusado del poder y hemos llamado a eso 'política'...

Hemos codiciado los bienes de nuestro vecino, y a eso lo hemos llamado 'tener ambición'...

Hemos contaminado las ondas de radio y de televisión con mucha pornografía, y lo hemos llamado 'libertad de expresión'...

Hemos ridiculizado los valores establecidos desde hace mucho tiempo por nuestros ancestros, y a eso lo hemos llamado 'obsoleto y pasado de moda'...

¡Oh Dios!, mira en lo profundo de nuestros corazones; purifícanos y líbranos de nuestros pecados..."

Mientras el hermano Wright pronunciaba su oración, en un clima de absoluto silencio, uno de los parlamentarios abandonó la sala con claras muestras de profundo enfado.

Tres meses estuvieron muchos medios de comunicación criticando al pastor por su plegaria, que fue calificada por bastantes como un mensaje de intolerancia fundamentalista. En los días siguientes, el pastor Wright recibió en su iglesia más de cinco mil llamadas telefónicas desfavorables, insultantes e incluso amenazadoras.

El comentarista Paul Harvey difundió esta oración del hermano Joe Wright en su programa de radio titulado *"The Rest of the Story"*, *"El Resto de la Historia"*, y de ese modo la noticia llegó a casi todos los lugares del mundo. Desde entonces, a la iglesia del pastor Wright llegan peticiones de oración de los cinco continentes.

Dietrich Bonhoeffer, en su obra anteriormente citada, continua diciendo:

"La gracia cara es el tesoro oculto en el campo por el que el hombre vende todo cuanto posee..."

Es la perla preciosa por la que el mercader entrega todos sus bienes...

Es el reino de Cristo por el que el hombre se arranca el ojo que le escandaliza...

Es la llamada de Jesucristo que hace que el discípulo abandone sus redes y le siga.

La gracia cara es el Evangelio que siempre se debe buscar, es el don que se debe pedir, es la puerta a la que se debe llamar.

Es cara porque llama al seguimiento, es gracia porque llama al seguimiento de Jesucristo...

Es cara porque el cuesta al hombre la vida; es gracia porque le regala la vida...

Es cara porque condena el pecado; es gracia porque justifica al pecador...

Sobre todo, la gracia es cara porque ha costado cara a Dios; porque le ha costado la vida de su Hijo –"habéis sido adquiridos a gran precio"- y porque lo que ha costado caro a Dios no puede resultarnos barato a nosotros."

La advertencia contra la falsa gracia se halla a lo largo de las Sagradas Escrituras, en medio de los relatos históricos, poéticos, sapienciales, proféticos, y no hay un solo escrito de los que componen la Biblia donde no encontremos claras advertencias contra la falsa gracia abaratada:

Isaías 28:11-13: "Porque en lengua de tartamudos, y en extraña lengua hablará a este pueblo, a los cuales él dijo: Este es el reposo; dad reposo al cansado; y este es el refrigerio; mas no quisieron oír. La palabra, pues, del Señor les será

mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá; hasta que vayan y caigan de espaldas, y sean quebrantados, enlazados y presos.”

Y en el Nuevo Testamento, hallamos la misma enseñanza en estos términos:

1ª Tesalonicenses 4:7-8: “Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación. Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo.”

Efesios 5:5-10: “Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. No seáis, pues, partícipes con ellos. Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz. Porque el fruto del Espíritu (Santo) es en toda bondad, justicia y verdad, comprobando lo que es agradable al Señor.”

-0-0-0-0-0-0-

LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

La obra primordial del Santo Espíritu de Dios consiste en sembrar el amor de Dios Padre en los corazones de los redimidos por la sangre de su Hijo Jesucristo, para que vivamos en conformidad con los mandamientos divinos. Cuando esto cae en el olvido, la gracia se malbarata y corrompe, llegando a convertirse en libertinaje, tal y como nos advierte la propia Escritura:

Judas 3-4: "Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo."

La Sagrada Escritura es muy clara respecto a la labor del Espíritu Santo en el discípulo de Jesús de Nazaret:

Apocalipsis 14:12: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús."

Los "*santos*" no son los meros "*creyentes*" que no viven el seguimiento de Jesucristo, pero que se arropan en la doctrina de la gracia barata, sin coste, sin sacrificio, sin entrega, sin arrepentimiento y confesión de sus pecados.

Los "*santos*" son los fieles que viven en santidad. Es decir, los creyentes que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesucristo.

No se trata, pues, de opciones: Los mandamientos de Dios o la fe de Jesucristo. Los mandamientos de Dios nuestro Señor son el camino puesto delante de nosotros para recorrerlo con la mirada puesta en Jesús, el autor y consumidor de la fe, bajo la dirección del Santo Espíritu.

Apocalipsis 12:17: "Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo."

El "resto" o "remanente" de los hijos de la "mujer", figura apocalíptica para la "iglesia", está constituido por los fieles, descritos como los que guardan los mandamientos del Señor y tienen el testimonio de Jesucristo en su propia vida:

Apocalipsis 19:10: "Yo me postré a sus pies (del ángel) para adorarlo. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía."

Así comprendemos cómo el espíritu de profecía es rechazado en los círculos donde la gracia barata, convertida incluso en rotundo libertinaje, ha debilitado el testimonio de Jesucristo hasta descender a niveles grotescos.

Por el contrario al Santo Espíritu de Dios nuestro Señor, la estrategia del malo se fundamenta siempre, y tiene por objetivo, hacer que los humanos pequemos, es decir, desobedezcamos a Dios. Nosotros, por nuestra parte, hemos de tener muy claro que, como nos enseña la palabra apostólica, siempre seremos siervos de aquel a quien obedezcamos, de aquel que se enseñoree sobre nosotros y se adueñe de nuestra conciencia:

Romanos 6:16: "¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?"

Tengamos muy presente que al malo no le importa en absoluto por qué desobedezcamos al Señor. Lo que verdaderamente le importa es que lo hagamos, cualesquiera sean los agentes utilizados al respecto.

Esa fue la conducta paradójica de muchos de los religiosos que nuestro Señor Jesucristo encontró en esta tierra en los días de la carne, e igualmente la conducta de muchos religiosos de nuestros días, refugiados, no en Jesús, sino en las doctrinas de la gracia barata del protestantismo burgués de nuestros días:

Mateo 7:21-23: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad."

Creemos que es fundamental aclarar el sentido de la voz "maldad" en este texto, que en el original griego es sorprendentemente "anomia", es decir, "sin ley".

Muchos pueden quedar profundamente impresionados por las obras de algunos hombres que pretenden ser siervos de Dios, y que incluso el Señor puede usar a favor de otros, pero que, sin embargo, no son realmente siervos dignos, sino "hacedores de maldad", cristianos de apariencia, cuyas vidas pueden estar muy alejadas del camino de santidad que Dios quiere y tiene para sus hijos e hijas.

Mateo 15:7-9: "Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de los hombres." (Isaías 29:13).

Tengamos siempre muy presente que Dios no puede ser burlado. Él sabe todo cuanto hay en el corazón de los hombres.

Recordemos la respuesta del Señor a Samuel respecto a David:

1º Samuel 16:7: “Y el Señor respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque el Eterno no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Señor mira el corazón.”

De ahí se desprende que para nuestro bendito Salvador Jesucristo la obediencia es la forma más elevada de adoración a Dios. Nuestras liturgias jamás podrán conmovir el corazón del Señor, pues lo que Dios demanda de nosotros no son altas funciones rituales, sean de formas cúllicas establecidas por las iglesias más tradicionales, o sean las aparentes formas extemporáneas de nuestro medio evangélico.

Recordemos la clara enseñanza que se desprende las palabras proféticas de Miqueas 6: 6-8:

“¿Con qué me presentaré ante el Señor, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agrada el Señor de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide el Señor de ti: solamente hacer justicia; y amar misericordia; y humillarte ante tu Dios.”

Seguramente, amigo lector, te sonarán familiares las siguientes expresiones, que fueron frecuentes primero en los programas de los predicadores conocidos como “*tele-evangelistas*”, al estilo de la magnífica parodia que realizaron los artistas argentinos “*Les Luthiers*” en el *sketch* titulado “*El Hermano Warren Sánchez*”, en el que se describen estos “*vendedores de religión*” con claridad meridiana.

En la mayoría de los casos, se trata de llamados “*ministerios*” no sujetos a ninguna iglesia, y cuyas formas, maneras y estrategia se han ido extendiendo por gran parte del amplio espectro evangélico:

“¡Sonríe si amas a Cristo!...”

¡Levanta tus manos si amas a Cristo!...

¡Di Aleluya si amas a Cristo!...

“Di conmigo ‘¡gloria a Dios!’ si amas al Señor”...

Y toda una larga letanía de frases estereotipadas que llegan a formar una especie de *mantra* muy alejado de la sencilla adoración cristiana que se desprende del Nuevo Testamento.

Pero nuestro Señor Jesucristo nos ha dicho de la forma más llana y directa en el Evangelio la única y exclusiva manera en que Él anhela ser amado por sus discípulos:

Juan 14:15: “Si me amáis, guardad mis mandamientos.”

Y la palabra apostólica nos confirma las palabras de Jesús en 1ª Juan 1:3:

“En esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos.”

Nosotros, que *amamos a Jesús porque él nos amó primero*, como nos asegura 1ª Juan 4:19, naturalmente que le adoramos, le alabamos, y podemos reír, llorar, levantar nuestras manos, aplaudir, cantar coritos modernos, himnos de la tradición, canciones actuales... Pero nada, absolutamente nada de eso podrá substituir el amar a nuestro Señor guardando sus mandamientos.

Cualquier intento de cambiar lo establecido por nuestro Salvador sólo será parte de la sustitución de la gracia divina por la gracia barata, de la gracia soberana de Dios nuestro Señor por el libertinaje y el desorden.

Tengamos muy presente que el camino a la perdición no es una senda de grandes tropiezos y caídas, sino un lento y progresivo deslizadero en el que día a día y paso a paso, en la práctica de la desobediencia y la rebeldía, llega a producirse una confusión de tal calibre que el cristiano carnal y nominal deja de sentirse avergonzado de su vida de pecado.

Así es como el endurecimiento del corazón conduce a la situación en la que lo que ayer era comportamiento pecaminoso, hoy es conducta aceptable. Y de ese modo se cumple lo anunciado para un tiempo en que a lo *bueno* se le llamaría *malo*, y a lo *malo* se le llamaría *bueno*.

Ahora bien, ¿cómo organiza Satanás su programa para lograr que las personas religiosas caigan en el práctica del pecado hasta perder la noción de su situación o lleguen a desarrollar planes para su autojustificación?

Antes de entrar en el estudio de las estrategias satánicas, tengamos muy en cuenta que el malo es "*padre de la mentira*", y lo es desde el principio, y que nunca ha dudado ni dudará en mezclar el bien y el mal, e incluso en utilizar incontextualmente las Sagradas Escrituras con el fin de lograr sus propósitos de confundir y engañar. Este ha de ser nuestro punto de partida al respecto de las estrategias del malo.

-0-0-0-0-0-0-

LA PRIMERA ESTRATEGIA DEL MALO

La primera de las estrategias, según Apocalipsis 22:14, es que si cumplimos la Ley podremos alcanzar la vida eterna. Sin embargo, el acceso a la Nueva Jerusalem sólo es posible para *“los bienaventurados que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas de la ciudad.”*

La Sagrada Escritura es muy clara al respecto de la justificación del pecador:

Gálatas 2:16: “Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado.”

Imaginemos que a partir de este instante cumpliésemos todos y cada uno de los mandamientos, ordenanzas y preceptos de la Ley de Dios. ¿Qué pasaría con nuestras anteriores infracciones de dichos mandamientos divinos?

No nos llamemos a engaño: Sólo Jesucristo ha vivido en este mundo sin cometer ni una sola infracción de la Santa Ley de Dios. Por consiguiente, sólo podemos aspirar a poder presentarnos limpios ante Dios si la justicia de nuestro Señor Jesucristo nos es imputada, nos es atribuida sin méritos propios. En eso precisamente consiste la gracia soberana de Dios nuestro Señor:

Romanos 5:7-11: “Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.”

En este pasaje hallamos el mensaje más crucial de todas las Sagradas Escrituras respecto a la salvación del hombre:

Somos enemigos de Dios por causa de nuestro pecado.

Necesitamos ser reconciliados con Dios, si es que queremos tener la esperanza del perdón de los pecados y recibir el don de la vida eterna con Dios.

Para ello precisamos una redención, es decir, el pago de nuestra deuda, el cual nosotros jamás podríamos satisfacer.

Y eso es precisamente lo que Dios ha hecho por medio de la bendita Persona de nuestro Señor Jesucristo en la Cruz del Calvario, donde Jesús recibió en su carne el castigo que nosotros merecíamos y merecemos.

Jesús asumió nuestro pecado, desde el momento en que tomó nuestra naturaleza para estar entre nosotros, como uno de nosotros, y dar su vida por nosotros. La vida de Jesús fue dada a cambio de la nuestra. Jesús asumió nuestra condenación, nuestra sentencia de muerte, y pagó en nuestro lugar substituyéndonos en la Cruz:

Romanos 6:23: "Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro."

Estas dos son las únicas realidades trascendentes: *Vida eterna y muerte eterna*. Todo lo demás es filosofía invasora desde antiguo y supersticiones ancestrales arrastradas del oscurantismo de épocas pretéritas.

Romanos 4:25: "Jesucristo fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación."

Romanos 5:1-2: "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios."

Así es como la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado. Además, nos imputa, nos atribuye, nos regala el crédito de su propia vida perfecta en obediencia al Padre.

Convertirse a Jesucristo es, pues, entregarle nuestra vida de pecado, nuestra vana manera de vivir, heredada de nuestros antepasados, y recibir a cambio, en absoluto inmerecimiento por nuestra parte, su vida de obediencia y santidad. Como resultado, Dios nos trata como si nunca jamás hubiéramos pecado, por habernos substituido Jesús en la Cruz del Calvario como víctima propiciatoria.

1ª Pedro 3:18: "Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios."

Pero hay mucho más, como dice el texto de Romanos 5:10, después de describir la reconciliación llevada a cabo por la entrega de la vida de Jesús, mediante su muerte, ya que *"estando reconciliados, seremos salvos por su vida."*

De esto se desprende que para nuestra salvación precisamos tanto de la muerte de Jesucristo, como víctima propiciatoria, como de su vida resucitada. Nuestros pecados pasados han sido cubiertos por el beneficio de su muerte expiatoria, y nuestro presente y futuro están a salvo por la mediación intercesora de Jesucristo

en el Santuario Celestial.⁴ Esta es una de las verdades neotestamentarias más descuidadas u olvidadas en nuestros días.

A este respecto, son preciosas las revelaciones que hallamos en la Carta a los Hebreos:

Hebreos 4:14-16: "Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro."

Hebreos 7:21-25: "Porque los otros (sacerdotes aarónico-levíticos) ciertamente sin juramento fueron hechos sacerdotes; pero éste (Jesús), con el juramento del que le dijo: Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos."

Hebreos 8:1-2: "Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos., ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre."

Hebreos 9:11-12, 23-24: "Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención... Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios."

Hebreos 10:19-23: "Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió."

Ciertamente, no podemos mejorar, ni cambiar, ni borrar nuestras acciones pasadas. Sólo podemos confiar en la gracia y la misericordia divinas, por el sacrificio de Jesucristo en la Cruz del Gólgota, y por su intercesión a nuestro favor en el Santuario Celestial.

-0-0-0-0-0-0-

⁴ Yebra, Joaquín, "El Tabernáculo Celestial", sección "publicaciones", en www.ebenezer-es.org

LA SEGUNDA ESTRATEGIA DEL MALO

La segunda de las estrategias del malo es lo que Dietrich Bonhoeffer denominó *“la gracia barata”*. Cuando Satanás no logra engañarnos haciéndonos creer que podemos justificarnos ante Dios mediante las obras de la Ley, como méritos propios de nuestra religiosidad o espiritualidad, entonces, el malo mezcla la verdad con la mentira haciendo creer a muchos que si estamos bajo la gracia, no es menester que cumplamos los mandamientos de la Santa Ley de Dios, sino que basta con *“creer”* y *“amar”* a Jesucristo.

Naturalmente, cuando dejamos a la fe desprovista de obediencia, de santo temor reverente, de compromiso y entrega, ésta queda reducida prácticamente a nada. Ese es el proceso en el que la fe llega a convertirse en una especie de coartada delante de Dios, por quienes han olvidado que el Señor no puede ser engañado ni tampoco burlado impunemente.

Sin embargo, *“decir”* que tenemos fe, suscribiendo un credo o confesión de las principales doctrinas, y *“proclamar”* que amamos al Señor, por muchos himnos que entonemos y muchas palabras que pronunciamos, no significa necesariamente que en verdad creamos en Él ni le amemos.

La celebración de la fe y el amor carecen de sentido cuando las realidades mismas no están respaldando nuestros actos cúltricos. Recordemos el claro razonamiento que el Apóstol Pablo nos hace en la Carta a los Romanos:

Romanos 2:13: “Porque no son los odores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados.”

Y aquí no hay contradicción respecto a la imposibilidad de que el hombre pueda justificarse, es decir, ser declarado *“justo”* ante Dios por las obras de la Ley, por cuanto la debilidad no radica en la Ley, sino en los hombres por nuestro pecado:

Romanos 7:12, 14, 18, 22-23: “De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno... Porque sabemos que la ley es espiritual; mas

yo soy carnal, vendido al pecado... Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo... Porque según el hombre interior, me delito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros."

La confusión de los diversos contextos y apelativos de la voz "ley" en los escritos paulinos es una de las causas por las que muchos caen en el error de creer que el Apóstol está diciéndonos que estando bajo la gracia estamos exentos de vivir conforme a las enseñanzas y directrices de los mandamientos de la Santa Ley de Dios, olvidando que cuando Pablo habla de "no estar bajo la ley", o bien se refiere a los aspectos estrictamente ceremoniales de la misma, de carácter temporal, o bien se está refiriendo a otra "ley" de naturaleza muy diferente.

Romanos 8:1-2: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Santo). Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte."

Esta "ley del pecado y de la muerte" es el impedimento que hace imposible que podamos vivir conforme a la Santa Ley de Dios. La gracia del Señor nos es dada precisamente para que los mandamientos dejen de ser pesadas cargas, encomiendas imposibles de acometer, y se conviertan en nosotros en la delicia de las obras buenas que el Señor ha dispuesto delante de nosotros para que andemos por ellas.

Esa "ley del pecado y de la muerte" es de lo que hemos sido redimidos. El Apóstol Pablo también lo denomina "la maldición de la ley":

Gálatas 3:13: "Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo aquel que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu (Santo)."⁵

Romanos 13:8-10: "No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor... Vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne."

Gálatas 5:14: "Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo."

Gálatas 6:2: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo."

Santiago 2:8: "Si en verdad cumplid la ley real, conforme a la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, bien hacéis; pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y quedáis convictos por la ley como transgresiones. Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos."

⁵ Deuteronomio 21:23.

Cuando a la fe se le despoja del elemento de obediencia, y al amor al Señor se le aplica cualquier concepción que no pase por el cumplimiento de los mandamientos, precisamente por amor al Señor y gratitud por su obra a nuestro favor, tanto la fe como el amor se vuelven subterfugios para vivir en pecado. De ese modo se abarata la gracia de Dios, se abandona la práctica de la confesión y la búsqueda de la limpieza, mediante la obra renovadora del Espíritu Santo, y se llega a convertir la gracia divina en libertinaje.

Igualmente, cuando a la fe se le despoja del santo temor reverente, ésta queda reducida a una serie de enunciados expresados con abstracciones que casi nadie entiende, y los credos más o menos mecánicos llegan a ocupar el lugar de la fe que obra por el amor.

De hecho, basta con analizar los credos, tanto los históricos más antiguos como las declaraciones de fe más actuales, para que nos percatemos que ninguno de ellos contiene las grandes enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo, todas las cuales son para la vida y para la convivencia, carentes de términos abstractos filosóficos, sino que curiosamente han sido eclesiastizados como tantas otras cosas.

Satanás jamás ha obtenido una sola victoria dentro del reino espiritual. Su reinado como "*príncipe de este mundo*", es decir, como encabezador oculto de este sistema mundial, que produce muerte y desolación mediante guerras y hambrunas, el enriquecimiento de los poderosos a base del empobrecimiento de los más débiles, y la lucha del hombre como lobo del hombre, es un reinado que se fundamenta en la debilidad de la naturaleza humana a causa del pecado, del afán por el lucro y la dominación, y del miedo a la muerte.

Si no hay oposición, el malo producirá el caos, la destrucción y toda forma de opresión para impedir que los hombres vivamos en comunión con Dios. Así destruirá a la persona, reduciéndola a individuo aislado, e igualmente hará con la familia y la comunidad.

El malo se halla siempre detrás del abuso de los inocentes, el maltrato de las personas y los animales, y todas las formas de violencia que dejan a su paso anarquía, decadencia, opresión, exceso, engaño, enfermedad y muerte.

No nos llamemos a engaño: Aunque no seremos justificados por las obras de la Ley, sino por la fe en el sacrificio de Jesucristo a nuestro favor, eso no significa que estemos exentos de obedecer a nuestro Señor. ¿Qué clase de amor profesaríamos a nuestro Señor y Salvador si no obedeciéramos sus mandamientos? ¿Cómo llamaríamos a una fe sin obediencia, ni respeto, ni amor?

¡Qué difícil es aceptar esta doctrina equilibrada! ¡Qué fácil es desplazarse hacia los extremos del legalismo y de la gracia barata!

¡Cuánto orgullo en el *religionismo* de los preceptos y los rituales en los que el hombre fácilmente se ensoberbece, y qué permisividad más vergonzosa llega a producirse cuando la gracia admirable de Dios es convertida por algunos hombres en libertinaje!

Tengamos muy presente que al malo no le importa hacia cuál de los dos lados nos deslicemos. Lo importante para él es que lo hagamos. El enemigo de nuestras almas es experto en distorsionar las grandes verdades de las Sagradas Escrituras, de tal manera que la justificación por la fe de Cristo sea malentendida hasta el punto de que la "*justificación*" se vuelva "*legalismo*", y la "*fe*" se convierta en un sustituto barato que no produzca obediencia.

De ahí la tendencia tan extendida en nuestros días a convertir el amor en sentimentalismo, olvidando que el verdadero amor, el que tiene a Dios por autor, es poder divino traducido en actos concretos de bondad y misericordia. Y de ahí también la clara enseñanza apostólica de que *"la fe sin obras es muerta"*. (Santiago 2:26).

-0-0-0-0-0-0-

LAS CLASES DE FE DE QUE HABLAN LAS ESCRITURAS

Se habla mucho de la fe sin hacer ninguna matización al respecto. Creemos que es muy necesario puntualizar algunas cosas importantes acerca de la fe. Primeramente, la Biblia habla de una clase de fe que poseen incluso los demonios. Así lo hallamos en la palabra apostólica de Santiago:

Santiago 2:19: "Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan."

Esta es una aceptación que podríamos calificar de meramente intelectual. Es decir, los demonios no tienen más remedio que creer la existencia de Dios, su realidad, su poder, pero no pasa de ser, como en el caso de muchos religiosos de entre los hombres, una mera aceptación intelectual que no se traduce en acciones obedientes. Por eso nos dice el Apóstol Santiago las palabras siguientes:

Santiago 2:17-18: "Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras."

Esa fe muerta en sí misma no justificará a nadie delante de Dios, por cuanto no procede del Autor y Consumador de la misma, que es Jesucristo, conforme nos enseña la Santa Palabra de Dios:

Hebreos 12:2: "Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios."

Por eso es que Jesús, como nos dice la Epístola a los Hebreos 5:9, "vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen."

Para otros la fe es seguir una serie de principios de acuerdo con los cuales debería ser configurado el mundo entero; o bien ser los representantes de un sistema de lo que sería bueno hoy, aquí y en todos los tiempos; defensores de una ética que

debería practicarse costara lo que costara, y que con frecuencia ha costado muchas vidas.

De ahí se desprende la causa de que estos supuestos “defensores” hayan sido igualmente los causantes de mucho derramamiento de sangre, bajo el pretexto de usar el nombre de Dios o de Cristo en sus “cruzadas”.

Sobre sus conciencias ha de pesar la causa de que muchos hayan sido escandalizados, al saber, como hoy tantos sabemos, que su defensa jamás fue de la fe, la cual cuando es auténtica no precisa de defensa alguna de parte de los hombres, sino, antes bien, de sus propios intereses inconfesables de naturaleza clasista o nacionalista.

Éstos son también los causantes de que muchos hoy no puedan ver a Jesucristo en medio de la maraña formada por el bosque de sus instituciones pretenciosas de ser la única y verdadera iglesia de Jesucristo, despreciando y acusando a todas las demás corrientes de la Cristiandad como espúreas.

Sin embargo, en las palabras de Dietrich Bonhoeffer leemos así:

“Cristo no es un principio de acuerdo con el cual debería ser configurado todo el mundo...

Jesucristo no proclama un sistema de lo que debería ser bueno hoy, aquí y en todos los tiempos...

Ni enseña una ética abstracta que, cueste lo que cueste, debería ponerse en la práctica...

Cristo no fue esencialmente maestro, legislador, sino hombre, y hombre real como nosotros...

Por eso mismo no quiere que nosotros seamos discípulos, representantes, defensores de una determinada doctrina, sino hombres, hombres reales ante Dios.

Cristo no amó, como un hombre ético, una teoría sobre el bien, sino que amó al hombre real...

No tuvo interés como un filósofo en lo que “es universalmente válido”, sino en lo que sirve al hombre real y concreto.

No le preocupó el saber “si la máxima de una conducta se puede convertir en un principio de una legislación universal, sino si mi conducta ahora ayuda al prójimo a ser un hombre ante Dios.

Por cierto que no es: ‘Dios se hizo una idea, un principio, un programa, algo universalmente válido, una ley, sino que Dios se hizo carne’.”⁶

Otra clase de fe es la que no sólo es intelectual, sino que actúa, pero lo hace por motivaciones equivocadas. En un ejemplo pueril, pero estimamos que perfectamente comprensible para todos, se trata de la clase de fe que se asemeja al conductor que se detiene ante la señal de “stop” por temor a chocar con otro vehículo o de ser visto por la policía y multado. Es la fe que obra por miedo, y que es igualmente inaceptable ante Dios nuestro Señor.

⁶ Bonhoeffer, Dietrich, “Ética”, Editorial Trotta, 2000.

Se asemeja a la *honestidad* del cajero del banco, por cuyas manos pasan muchos billetes todos los días, y quien no roba por miedo a ser descubierto, apresado, perder familia y trabajo, y opta por no delinquir porque tiene mucho que perder. Pero si le dieran la garantía de que nadie le vería y no sería descubierto, entonces estaría dispuesto a robar sin pensarlo dos veces. ¿Llamaríamos a eso "*honestidad*"?

Esta es una clase de fe mucho más extendida de lo que imaginamos. Es la práctica de la fe entre aquellos que viven temerosos de que al final del camino se encuentren con *fuego*, y para evitarlo están dispuestos a hacer o dejar de hacer todo lo que sea menester. Es la fe escapista. No es nada más que otra forma de legalismo.

La única clase de fe aceptable ante Dios se describe con prístina claridad en las palabras del Apóstol Pablo en la Carta a los Gálatas:

Gálatas 5:6: "Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor."

Todo el Nuevo Testamento señala en la dirección de que aquí radica la única motivación aceptable ante Dios nuestro Señor para el cumplimiento obediente de los mandamientos divinos.

-0-0-0-0-0-0-

EL CRISTIANO Y EL PECADO

Antes de proseguir con el tema del cumplimiento de los mandamientos motivados por el amor de Dios al dar a Jesucristo en pago, en redención, de nuestros pecados, vamos a considerar algunos aspectos del pecado que suelen pasar inadvertidos para muchos cristianos poco instruidos en la Santa Palabra de Dios.

1ª Juan 3:4: "Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley:"

¿A qué "ley" se refiere este texto de la Palabra de Dios? El Apóstol Pablo responde a nuestra pregunta en un pasaje paralelo que se halla en la Carta a los Romanos 7:7:

"¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley. Porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás."

Ahora podemos continuar con 1ª Juan 3:5: "Y sabéis que él (Jesucristo) apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él."

Después, en el versículo 6, se nos declara que quien camina en desobediencia no ha conocido al Señor. Y a continuación, en los versículos 7 y 8, se nos revela la marca distintiva entre los verdaderos y los falsos maestros:

1ª Juan 3:6-8: "Todo aquel que permanece en él (Jesucristo), no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo."

Aquí hay una llamada de advertencia contra el engaño, es decir, contra la sutil estrategia de Satanás, que nos recuerda las palabras de nuestro bendito Salvador en Mateo 24:3-4:

"Y estando él (Jesús) sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de

tu venida, y del fin del siglo? Respondiendo Jesús, les dijo: Mirad que nadie os engañe..."

El engaño será –ya lo es- la señal distintiva por excelencia de la aproximación y llegada de los tiempos finales, y la nota más distintiva será que la justificación nos hace aceptos ante Dios, aunque continuemos pecando voluntariamente, convirtiendo el pecado en práctica...

Que el sacrificio de Jesucristo nos salva del resultado del pecado, pero no del pecado...

Que la redención no cambia la naturaleza del cristiano en relación con el pecado, sino del pecado en relación con el cristiano.

El pecado en un hombre inconverso a Jesucristo le mandará *al lago que arde con fuego y azufre*, que es *la muerte segunda* (Apocalipsis 20:14-15), pero, según el falso evangelio, en un cristiano el pecado no producirá el mismo efecto.

Millones de hombres y mujeres dentro de la cristiandad protestante están convencidos de esta patraña, por cuanto han sido enseñados en la gracia barata mediante auténticas piruetas exegéticas por parte de los que han introducido la permisividad como "*gracia*" convertida en "*libertinaje*".

Ese falso evangelio, carente de espiritualidad y santidad, propagandístico y mercantilista, dirigido por "*líderes*" inspirados en técnicas de *marketing* y artimañas de los *mass-media*, sólo puede engañar a quienes tienen sus ojos deslumbrados por los fulgores de este sistema mundial. Sin embargo, semejante gran mentira, como todas las demás, se desenmascara con la clara enseñanza de nuestro Señor Jesucristo en el pasaje de Lucas 13:1-5:

"En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban (a Jesús) acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre de Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalem? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente."

Por eso Jesús en su predicación a su pueblo, el hebreo, siempre comienza con una llamada al arrepentimiento ante la proximidad del Reino de Dios:

Mateo 4:17: "Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado."

Lucas 24:44-49: "Y (Jesús) les dijo: Estas son las palabras que os hablé estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos. Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de (entre) los muertos al (en el) tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones (etnias) comenzando desde Jerusalem. Y vosotros sois testigos de estas cosas. He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalem, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto."

Si somos observadores nos habremos percatado de que la predicación más extendida en nuestros días es un cambio de la naturaleza del pecado, en lugar de un cambio en la naturaleza del pecador.

Pero el testimonio de la suma de la Palabra de Dios es claro respecto a que la justificación no sirve para cubrir pecados que sigamos practicando, por no haber anhelado ardientemente y rogado al Señor por la limpieza de toda maldad en nuestra vida.

La justificación nos provee un corazón nuevo y una vida nueva llamada "*conversión*", por la que comenzamos a vislumbrar, anhelar y seguir en una novedad de vida, a continuar en un nuevo estilo de vida tras las pisadas de nuestro Señor Jesucristo, bajo su gracia y providencia, impulsados por el viento del Espíritu Santo.

No podemos vivir bajo la gracia de Dios mientras cometemos pecados deliberadamente en una vida de constante desobediencia a Dios nuestro Señor, por cuanto la justificación no es un manto para cubrir nuestras transgresiones de la Santa Ley de Dios, sino que es una transformación espiritual que quita de nosotros, no solamente la culpa, sino el poder del pecado sobre nuestras vidas.

Si se tratara de borrar el sentimiento de culpabilidad, bastaría con someterse a sesiones de terapia y autoayuda. Pero Jesús, como ya hemos dicho, no vino para eliminar nuestros sentimientos de culpabilidad y los complejos arraigados por nuestra mala conducta, sino para quitar el poder del pecado sobre el corazón de los humanos y darnos una vida nueva y abundante.

No olvidemos nunca que el pecado no es mercancía negociable con Dios. Nuestro Señor no admite transacciones. La fe "*transaccional*" no tiene nada que ver con la fe de Jesucristo. Sólo es una de las artimañas empleadas por desvergonzados televendedores de religión. Por eso es que las Sagradas Escrituras jamás dicen nada bueno acerca del pecado:

1ª Juan 2:1-6: "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. Y en esto sabemos que nosotros les conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo."

1ª Juan 3:4-9: "Todo aquel que comete pecado infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él (Jesucristo) apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él (Cristo), no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él (Cristo) es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios."

1ª Juan 5:1-5: "Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo (el Mesías), es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos, y sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?"

SEREMOS JUZGADOS POR NUESTRAS OBRAS

Sabemos que esta afirmación sonará muy legalista a muchos lectores, especialmente a los cristianos carnales y a los propagandistas de la gracia barata, que siempre degenera en libertinaje. Pero todo el que abra su Biblia se encontrará con el texto de [Apocalipsis 20:12-15](#), y se verá obligado a realizar una auténtica pirueta hermenéutica para torcer la Escritura, como llevan haciendo desde hace siglos todos los indoctos e inconstantes para su propia perdición:

“Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.”

¿Cómo podemos armonizar este texto con el amor, la misericordia y la gracia de Dios en Cristo Jesús?

En el Sermón del Monte, Jesús describe a las personas que hallarán acceso al Reino de Dios. Recordemos también las palabras de nuestro Señor en [Mateo 7:21-23](#):

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.”

Aquí es importante que insistamos en el hecho de que la expresión traducida al castellano y otros idiomas occidentales por *“hacedores de maldad”* es el griego original *“anomia”*, cuyo sentido literal es *“sin ley”*. De manera que Jesús está reprochando a aquellos que recurrieron a su nombre y poder para hacer grandes cosas, pero vivieron sin obedecer los mandamientos, y los califica como *“sin ley”*.

Abarataron la gracia divina, despreciaron los mandamientos del Señor, y predicaron una fe carente de obras, una fe muerta, sin ninguna relación con la verdadera fe, la fe de Cristo, que siempre obra por el amor.

Esa será la respuesta del Señor a quienes apelen a sus buenas obras, a sus grandes acciones, como fundamento para acceder al Reino de Dios. No porque no fueran ciertos los actos a los que aludieron, como profetizar en el nombre de Jesús, expulsar demonios y hacer milagros, sino que la reprensión del Señor será porque vivieron fuera de la Santa Ley de Dios, es decir, en la gracia barata.

Los milagros a los que aludieron fueron abundantes y de calidad. ¿Por qué les dirá el Señor que se aparten de Él? La respuesta que hallamos en Apocalipsis 3:15-16 es muy clarificadora:

“Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fuese frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.”

Nuestras obras no serán juzgadas ni por su peso ni por su altura, sino por su temperatura. Es decir, nuestra obediencia a los mandamientos de Dios nuestro Señor tendrá la temperatura correcta siempre que brote de un corazón ardiente, lleno de amor y devoción al Dios que nos ha perdonado y dado una nueva naturaleza merced a la obra de Jesucristo en la Cruz del Calvario.

Y, naturalmente, sólo Dios puede examinar y conocer las motivaciones de nuestro corazón. De modo que el peso de nuestra obras sólo dependerá de la motivación de nuestra obediencia. De modo que no nos llamemos a engaño: A Dios sólo le agradan las obras buenas realizadas como fruto de nuestra relación amorosa con Jesucristo, mediante la bendita Persona del Espíritu Santo.

Nada fuera del Hijo agrada al Padre. Por eso el Hijo ha enviado, del Padre, al Espíritu Santo, para que no quedemos huérfanos, hasta la Segunda Venida gloriosa del Salvador, hecho Señor y Mesías.

Por eso es que las obras, o son dulce incienso ante el Eterno, o son abominable orgullo y afán por la autojustificación para evadir el justo juicio de Dios que vendrá en el día señalado sobre los hijos de desobediencia.

Pero las obras de amor que brotan como fruto de la presencia del Espíritu Santo en nuestras vidas, limpiadas por la sangre de Cristo Jesús, son lo más opuesto a las acciones que dimanan del orgullo del hombre. Las obras de justicia que nuestro Señor promueve para que nosotros las hagamos, son las incuestionables e inimitables credenciales de la fe y del amor genuinos.

Por eso es que la Sagrada Escritura nos dice en Filipenses 2:13 que “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.”

Tengamos muy presente que en Dios no hay tales cosas como mudanza o mutación, y que, por lo tanto, el Señor es el mismo hoy que en los días del Edén. Él sigue esperando obediencia de nuestra parte. La única diferencia radica en que nuestros primeros padres, antes de la caída en el pecado, tenían, por naturaleza, el poder para obedecer. Pero nosotros, por el contrario, hemos heredado una naturaleza carnal que no puede sujetarse en obediencia a la Santa Ley de Dios, a menos que se produzca en nosotros el milagro de la conversión a Jesucristo y el resultante nuevo nacimiento de la regeneración. De ahí las palabras de nuestro Redentor en Juan 3:3:

“Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.”

Nadie podrá ser salvo por toda la eternidad sin experimentar antes el nuevo nacimiento de la regeneración. Sólo naciendo de nuevo, del Espíritu Santo, de simiente incorruptible, podremos andar en obediencia agradable a los ojos de Dios nuestro Señor.

No podemos obedecer si no hemos experimentado la conversión de nuestra vida a Jesucristo. Y nadie que ha nacido de nuevo, verdaderamente del Espíritu Santo, puede rehusar la obediencia al Señor.

No debemos permitir que, bajo el pretexto de esa gracia barata tan en boga en nuestros días, nadie nos contamine enseñándonos que no tenemos necesidad de obedecer los mandamientos de nuestro Dios. Antes bien, hemos de examinar meticulosamente nuestros corazones para asegurarnos de cuál sea la raíz de nuestros frutos.

Si nuestra conformidad a los mandamientos de nuestro Señor es un brote espontáneo de nuestra relación amorosa con Jesucristo el Señor, mediante la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas, alegrémonos y démosle gracias al Buen Dios que nos concede el querer y el hacer por su bondadosa voluntad.

Sin embargo, si se trata de un esfuerzo religioso basado en nuestras propias fuerzas, separados de la gracia de nuestro Señor Jesucristo, recordemos entonces la clara advertencia de nuestro bendito Salvador:

Juan 15:5: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.”

Todo cuanto hagamos separados de Cristo Jesús, basados en nuestra propia religiosidad o nuestro afán por alcanzar méritos ante Dios, carecerá de valor a los ojos del Altísimo. Habremos entonces de acudir humildemente al Señor para pedirle perdón por nuestro orgullo y altivez, y rogarle que cambie nuestra actitud de prepotencia religiosa por la vida bajo la gracia misericordiosa del Bendito Redentor.

Igualmente, si hubiéramos caído en la peligrosa trampa de la gracia barata, olvidando la importancia de las obras buenas para las que hemos sido salvados por el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo en la Cruz del Calvario, pidámosle perdón a nuestro Salvador por nuestra carnalidad, y dejémonos conducir por el Espíritu Santo a lo largo del camino de los mandamientos del Eterno, que es la única manera de vivir en la santidad para la que fuimos redimidos, llamados y vivificados.

Efesios 2:8-10: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”

Amigo lector, si has vivido en la gracia barata incluso por años, hoy es el día de darte la vuelta:

1ª Juan 1:5-10: “Este es el mensaje que hemos oído de él (de Jesucristo), y os anunciamos. Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él (con Dios), y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.”

-0-0-0-0-0-0-

LA GRACIA VERDADERA

Después de lo que hasta ahora hemos visto en la Palabra de Dios, preguntémonos de nuevo si el Señor Jesucristo vino a traernos el perdón de los pecados y la vida eterna para que sigamos viviendo en la práctica del pecado, mientras confesamos que somos sus discípulos, o si vino para destruir el pecado y las obras de Satanás.

Jesucristo no vino para quitarnos el sentimiento de culpa mientras seguimos pecando, como si fuera un psicólogo secular.

El Verbo no fue hecho carne para que continuemos viviendo en medio de la práctica del pecado sin sentir culpabilidad alguna, sino que su obra, que continua en la bendita Persona del Espíritu Santo en el templo de nuestro ser, y Jesucristo en carne glorificada ante la Majestad en el templo celestial, es convencernos de pecado, justicia y juicio, precisamente para conducirnos al arrepentimiento y al refugio en la fe de Jesús.

La libertad a la que somos conducidos por el Espíritu de Cristo no es del sentimiento de la culpa, sino del pecado, por cuanto la liberación del sentimiento de culpa, sin la redención del pecado y la transformación del corazón del pecador, solamente sirve para seguir pecando y además hacerlo con más facilidad, habiendo cambiado el sentimiento de culpabilidad por el de impunidad.

Veamos algunas de las advertencias respecto a la falsa gracia tan extendida en la predicación de nuestros días:

1ª Tesalonicenses 4:7-11: “Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo. Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien murió por nosotros para que ya sea que velemos o que durmamos, vivamos juntamente con él. Por lo cual, animaos unos a otros, y edificaos unos a otros, así como lo hacéis.”

Efesios 5:5-11: "Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. No seáis, pues, participes con ellos. Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz (porque el fruto del Espíritu (Santo) es en toda bondad, justicia y verdad), comprobando lo que es agradable al Señor. Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas."

El testimonio de las Sagradas Escrituras no puede ser más claro al respecto: Los *hijos de desobediencia* son *hijos de las tinieblas*, y no dejarán de serlo por llamarse o hacerse denominar "*cristianos*", sino por abandonar el camino de la desobediencia, que conduce a perecer, y entregar su corazón por completo a Jesucristo como único Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente.

Los mismos que han convertido la *gracia* de Dios en *libertinaje* son los que han pretendido desvincular la *obediencia* de la *fe*, olvidando que sin *obediencia* la *fe* sólo es *creencia*. De ahí que nuestro Señor Jesucristo advierta que no se accederá al cielo por llamar a Jesús "*Señor*", sino por hacer la voluntad del Padre. (Mateo 7:21-23).

Mateo 5:8: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios."

Lucas 13:23-24: "Alguien le dijo (a Jesús): Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él les dijo: Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán."

Y la palabra apostólica es igualmente contundente al respecto de lo que venimos estudiando:

Hebreo 12:14: "Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor."

La gracia es un don divino de amor absolutamente inmerecido. Esa gracia, otorgada por Dios Padre, por medio del Espíritu Santo, para conducirnos a su Hijo Jesucristo, es lo único que nos permite acceder y recibir el poder de Dios para vivir en la justicia de Cristo. Así nos lo revela el Apóstol Pablo en Romanos 3:21-26:

"Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y los profetas; la justifica de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús."

Nuestro Dios nos justifica mediante la gracia del arrepentimiento y el don de la fe. No somos ni seremos jamás merecedores de esa gracia para el arrepentimiento, sino que, por el contrario, nuestro inmerecimiento se manifiesta por la revelación que por esa misma gracia se nos otorga por encima de nuestra propia naturaleza pecaminosa.

Crear que somos salvos mientras vivimos inmersos en el pecado es ignorar, desestimar y tratar indiferentemente los mandamientos de nuestro Señor, el autor y consumidor de la fe, y quien nos ha redimido por el sacrificio de Jesucristo su Hijo.

Semejante actitud soberbia e ignorante responde a apoyarnos en unos pocos versículos fuera de contexto, mientras que cientos de pasajes de las Sagradas Escrituras nos muestran que la gracia de Dios desprovista de obediencia sólo es una filosofía humana que irremediablemente ha de conducir a su corrupción en libertinaje.

Tristemente, así es como se ha desarrollado una teología que reduce a nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo en una mera excusa, en una coartada, para no obedecer los mandamientos de Dios; esos mismos mandamientos que Jesús vino a enseñar a esta tierra, dejando su gloria en los cielos.

Jesús murió una muerte horrenda por nuestros pecados, por nuestras infracciones de la Santa Ley de Dios; para enseñarnos las consecuencias del pecado; para mostrar de manera incuestionable el alcance de la obediencia que agrada a Dios.

Jesús nunca será esa excusa que hoy tantos proclaman para bajo la falsa gracia vivir sin obediencia al Señor, sin compromiso con el Evangelio y sus principios de vida, sin un discipulado de seguimiento. Por consiguiente, Jesús negará conocer a quienes continúen en el camino de la desobediencia, que es la vida de pecado, por mucho que esgriman sus argumentos doctrinales sobre la gracia de Dios.

Nuestro bendito Salvador ha dicho con suma claridad quienes serán los que podrán acceder al Reino de Dios:

Mateo 5:20: "Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos."

Mateo 7:21: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos."

Lo que Jesús nos ha facilitado es que, por muy inmersos que estemos en el pecado, por la fe en su persona y obra podamos arrepentirnos y tener acceso, mediante su justicia que nos es imputada, a su poder transformador y santificador. Para eso es para lo que Jesucristo derramó su sangre en esta tierra, para lo que derrama su Espíritu e intercede por nosotros desde el Santuario Celestial, donde se presenta como sacrificio vivo ante el Padre Eterno.

Por la fe en Jesucristo, todos podemos acercarnos al trono de la gracia, ante la Majestad en las alturas. Ahora bien, la gracia de Dios obra en la forma de un proceso, como se desprende de los siguientes textos:

Proverbios 21:21: "El que sigue la justicia y la misericordia hallará la vida, la justicia y la honra."

Mateo 6:33: "Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas (comida, bebida y vestido) os serán añadidas."

Hechos 10:34-35: "Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia."

Gálatas 5:5: "Pues nosotros por el Espíritu (Santo) aguardamos por la fe la esperanza de la justicia."

El grave error promovido por muchas iglesias y predicadores en nuestros días es que si crees en Jesucristo, aunque continúes viviendo en la práctica del pecado, eres declarado justo y salvo. De esa manera, ignoran el sabio principio de Proverbios 24:24:

"El que dijere al malo: Justo eres, los pueblos lo maldecirán, y le detestarán las naciones."

La advertencia bíblica es clara y contundente: Serán malditos quienes tal despropósito enseñan, por cuanto su doctrina escondida radica en no obedecer, despreciar los mandamientos de Dios, no buscar la santidad ni vivir en el santo temor reverente del Señor.

No nos dejemos engañar: Sólo la obediencia conduce a la justicia. Recordemos las claras enseñanzas del Apóstol Pablo dirigiéndose a los cristianos de Roma y a los de Corinto:

Romanos 6:16: "¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?"

1ª Corintios 15:34: "Velad debidamente, y no pequéis; porque algunos no conocen a Dios; para vergüenza vuestra lo digo."

Tengamos muy presente que en este último texto el Apóstol Pablo está dirigiéndose a cristianos, no a inconversos, que se consideran cristianos, forman parte de la iglesia en Corinto, pero, sin embargo, no conocen a Dios; profesan ser cristianos, pero no viven como tales.

Esa clase de cristianos que convierten la gracia de Dios en libertinaje son los mismos que hallamos tras las palabras de Santiago 3:13-18:

"¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz."

La gracia de Dios no es una justificación instantánea, sino fuerza instantánea para buscar esa justicia divina en el camino de la fe, es decir, de la obediencia de aquel que se fía de Dios con todo su corazón:

Gálatas 2:17: "Y si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pecadores, ¿es por eso Cristo ministro de pecado? En ninguna manera."

La verdadera gracia de Dios nos enseña y capacita a negarnos a nosotros mismos, arrepentirnos, lo que debemos insistir que significa "*darse la vuelta*", y vivir una vida nueva llena de frutos de arrepentimiento hacia la justicia del Señor, que se nos imputa para que la busquemos y la hagamos, no para que no la hagamos. Y es por esa gracia verdadera por la que nuestros corazones son purificados:

Tito 2:11-14: "Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. Esto habla, y exhorta y reprende con toda autoridad. Nadie te menosprecie."

Y nosotros buscamos esa gracia de Dios, ese regalo que el Señor tiene para nosotros, y que hemos de buscar, recibir y acoger con amor y gratitud; regalo que

no podemos lograr sobre la base de algo meritorio por nuestra parte, por cuanto entonces no sería un regalo, una dádiva, sino un pago, un salario; sino que se trata de un don que sólo puede recibirse por la gracia de la fe que nos ha sido dada por el Espíritu Santo para depositarla en Jesucristo.

Ni siquiera sabemos de qué hemos de arrepentirnos, hasta que la gracia de Dios nos muestra la realidad del pecado en nuestras vidas. Así es como convencidos de pecado, de justicia y juicio, somos conducidos al arrepentimiento genuino, en el cual nos sentimos verdaderamente humillados al no poder reivindicar ningún mérito por nuestra parte. Así es como obra la gracia de Dios.

Es como un mal que requiere cirugía. El médico que realiza la operación es quien tiene todo el mérito. El paciente sólo se ha sometido a la intervención. Del mismo modo actúa nuestro Señor. La única diferencia es que el cirujano hace su trabajo a sueldo, mientras que Dios nuestro Señor lo hace por gracia, sin salario, sino sólo por su amor y misericordia hacia el pecador.

Es por todo esto que no podemos ir al Señor en busca de su perdón y de su ayuda con actitud de orgullo. Nada hay más opuesto al orgullo que la petición genuina de perdón y limpieza. De ahí que el falso evangelio enseñe que puesto que la gracia de Dios es gratuita por definición, cualquier cosa que hagamos será innecesaria, por cuanto no podemos justificarnos por nuestras obras, sino sólo por la fe.

La trampa es sutil. Naturalmente, no podemos justificarnos ante Dios por nuestras obras meritorias, pero podemos estar firmemente seguros de que las obras de justicia serán siempre las más claras evidencias de que efectivamente hemos sido justificados. Los verdaderamente redimidos serán siempre celosos de buenas obras, propias de la dignidad con que hemos sido llamados por el Señor. Las pruebas bíblicas son muy abundantes:

Filipenses 2:12: "Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor."

Santiago 2:17: "Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma."

El Apóstol Pablo, en su relato de conversión al rey Agripa, le dice así:

Hechos 26:19-20: "Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial, sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco, y Jerusalem, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento."

Ahora bien, el arrepentimiento demanda un esfuerzo por nuestra parte, como se desprende de las palabras de nuestro Señor Jesucristo resucitado y glorificado:

Apocalipsis 3:3,19: "Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete."

Nuestro Señor espera de nosotros obras perfeccionadas por la fe:

1ª Timoteo 6:17-19: "A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echan mano de la viuda eterna."

Frente a estas enseñanzas del Nuevo Testamento, el falso evangelio de la gracia barata enseña que no hemos de esforzarnos por seguir al Señor. Pero, ciertamente, lo que nuestro Salvador nos dice es completamente diferente:

Lucas 13:24: “Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán.”

La misma enseñanza de Jesús nos llega en la palabra apostólica:

1ª Juan 2:1-6: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo.”

La manera en que opera la gracia de Dios en nuestra vida de discípulos de Jesucristo es un constante proceso de arrepentimiento. Como todo proceso, no es algo instantáneo, pero su comienzo sí lo es. Y a partir del instante de nuestra conversión a Cristo Jesús, el proceso produce pureza, justicia y el fruto del Espíritu Santo.

El núcleo de ese proceso es la Cruz de Jesucristo, y aquellos que se oponen a este proceso caen en las garras del *dios de su vientre*, expresión que hace referencia a los apetitos carnales, es decir, a los impulsos de la vieja naturaleza carnal, el hombre viejo, y sus afectos y apegos por este mundo, cuya gloria es su vergüenza, por lo que su mente y corazón sólo son para las cosas terrenales y perecederas.

¡Cuán diferente es la actitud que expresa el Apóstol Pablo escribiendo a los cristianos de Filipos!

Filipenses 3:8-9: “Y ciertamente aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe.”

Podemos estar seguros de que el mundo podría aceptar fácilmente a un Cristo que excusara a los hombres, sin coste, al estilo de la filosofía oriental, para simplemente seguir viviendo dominados por nuestras pasiones, siguiéndole como a una especie de gurú que nos dirigiera hacia unos ejercicios de relajación, unas sesiones de auto-ayuda, y nos enseñara unos cuantos aforismos inteligentes.

Sin embargo, todos cuantos estamos comprometidos con la verdad, sabemos que Jesucristo nos ha sido dado para transformar nuestras vidas, de tal manera que vivamos en conformidad con la voluntad divina expresada en sus mandamientos.

El núcleo de la sutil falacia del falso evangelio radica en pretender que la gracia de Dios y la salvación eterna son una misma cosa. Por el contrario, la gracia trae la salvación mediante el arrepentimiento y la fe.

Mientras nos resistamos a aceptar y asumir que arrepentimiento y fe son gracias divinas, o bien viviremos un legalismo religioso basado en nuestras fuerzas o en algún sistema religioso, o bien entraremos en el proceso de la degradación de la gracia divina en gracia barata y el resultante libertinaje.

Esta falacia permite la búsqueda del perdón de los pecados, dejando fuera el arrepentimiento, lo que nos atrapa en nuestra vieja naturaleza carnal.

No es posible permanecer siendo un esclavo del pecado y procurar al mismo tiempo servir a Dios...

No es posible servir a dos señores simultáneamente sin traicionar a uno de los dos...

No es posible esperar la aprobación divina dentro de ese sistema contradictorio.

Escuchemos a nuestro Señor Jesucristo:

Marcos 9:43-48: "Si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno (griego: 'geenna', 'lugar de destrucción'), al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga."⁷

Jesús no está diciéndonos que nos mutilemos, sino que comprendamos la gravedad del pecado y sus consecuencias. Nuestro Señor sabía perfectamente que vendrían los falsos profetas y maestros que enseñarían a vivir pecando bajo el pretexto de la gracia barata.

Es ciertísimo que nuestro Señor es perdonador de todo pecador arrepentido, pero no podemos pasar por alto que después del perdón amplio y generoso de su gracia y misericordia, Jesús dice: "Vete, y no peques más."

Después de haber sanado al paralítico de Betesda, Jesús tiene un nuevo encuentro con él, y le dice así:

Juan 5:14: "Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor."

Después de que todos los acusadores de la mujer hallada en el acto del adulterio han dejado avergonzados las piedras que llevaban escondidas, y tras haber salido de la escena como verdugos frustrados, el Señor Jesús se dirige a ella y le dice así:

⁷ La voz latina "infierno" no aparece en el texto original de las Sagradas Escrituras, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, por cuanto el latín no es lengua bíblica. El griego "geenna" corresponde al hebreo "Ge Hinnom", del topónimo perteneciente al "Valle de Hinom", uno de los dos principales valles que rodean la ciudad vieja de Jerusalem. Este lugar fue donde los israelitas apóstatas seguidores de los Baales, especialmente del dios Moloc, sacrificaron a sus hijos pasándolos por el fuego (2º Crónicas 28:3; 33:6; Jeremías 7:31; 19:2-6). En el Valle de Hinom había un vertedero en el que se quemaban las basuras y los cadáveres de los animales y de los humanos, extranjeros desconocidos o sin parentela. La primera referencia al Valle de Hinom se halla en Josué 15:8, y hace referencia a las fronteras tribales. La voz griega "ekólex" corresponde al hebreo "tolá", el gusano que se halla en las substancias putrefactas, el latín "coccus ilicis", de color escarlata intenso. Lo que aquí se acentúa no es la supervivencia de los condenados después de la muerte, doctrina espúrea fruto de la invasión del pensamiento filosófico griego, experimentado tanto por el judaísmo tardío como por la cristiandad helenizada, sino el estado cadavérico perpetuo de esos muertos. No son los muertos los que "no mueren", sino su gusano, es decir, su estado perenne sin vida.

Juan 8:10-11: "Enderezándose Jesús, y no viendo a nadie sino a la mujer, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ella (la mujer sorprendida en adulterio) dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más."

Recordemos de nuevo que Jesús no vino sino para destruir las obras de Satanás - ¡Dios le reprenda!- en nuestras vidas, y que vivir bajo la gracia divina no puede jamás significar licencia para pecar.

La verdadera gracia no es la salvación, en ese sentido abstracto en el que suele degenerar bajo el gravísimo error de confundirla como licencia para la práctica impune del pecado. La verdadera gracia es el proceso con que llega a nuestras vidas y la manera en que obra, *manifestándose, capacitándonos para la renuncia de la impiedad y los deseos mundanos; enseñándonos a vivir en medio de este siglo, es decir, de este sistema mundano, de manera sobria, justa y piadosa; aguardando el magno cumplimiento de la esperanza bienaventurada, es decir, la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. (Tito 2:11-15).*

Los cristianos que afirman serlo, pero siguen viviendo en la práctica del pecado, pueden argumentar filosóficamente –pues se trata realmente de un subterfugio filosófico y no de doctrina bíblica- que han sido redimidos de toda iniquidad, pero no podrán afirmar que han sido justificados por la gracia soberana de Dios, por cuanto la verdadera gracia divina produce el cambio del corazón, de la conciencia, mediante una nueva naturaleza nacida no de simiente corruptible, sino de incorruptible, de lo alto, del Espíritu Santo.

La gracia de Dios trae salvación y conduce a la salvación, despertando en el discípulo de Jesucristo el anhelo de vivir en santidad del Espíritu Santo, el celo por las obras buenas con que Dios ha pavimentado nuestro andar en Cristo Jesús, y la separación de los viejos caminos de la naturaleza carnal.

No olvidemos nunca que el arrepentimiento en la decisión de darnos la vuelta después de que la gracia soberana divina nos muestra nuestra condición de pecadores, perdidos, destituidos de la gloria de Dios y muertos en nuestros delitos y pecados. Esa gracia divina es la que nos capacita para el arrepentimiento, y nos da la fe para ir a los pies de Jesucristo y refugiarnos en su amor.

La gracia de Dios nos trae la salvación y la enseñanza de cómo hemos de comportarnos en el camino del seguimiento de Jesucristo. Es por esa gracia que el Señor nos muestra nuestro pecado, nuestra vana manera de vivir. Y así es como el Santo Espíritu genera en nuestros corazones el anhelo de agradar a Dios nuestro Señor todos los días de nuestra vida, hasta el Gran Día de Dios, en la manifestación gloriosa de Jesucristo como Mesías de Israel y Deseado de todas las naciones de la tierra. Entonces se cumplirá la llegada de la plenitud del Reino de Dios y su justicia.

Por la gracia de Dios es que podemos comprender que el problema del hombre no radica en la Santa Ley de Dios nuestro Señor, sino en la debilidad y vulnerabilidad del corazón humano, a causa del pecado que mora en nosotros. Es mediante ese proceso como somos redimidos de toda iniquidad, siendo justificados por la fe en el sacrificio de Jesucristo en la Cruz del Calvario, purificados por la obra del Espíritu Santo, para llegar a ser hombres y mujeres celosos de buenas obras.

Naturalmente, la gracia divina no es obra meritoria del hombre, sino libre, gratuita. Pero la salvación es fruto de la obediencia, es decir, el sacrificio del "yo", o dicho de otra manera, la muerte de nuestra vieja naturaleza carnal y pecadora:

Romanos 6:22-23: "Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro."

Romanos 12:1: "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. Nos os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta." ⁸

Ahora bien, la gracia de Dios ha sido y continua siendo una enseñanza retorcida hasta el punto de llegar a la mentira y la degeneración más absoluta, de tal maneras que como ya hemos visto, en las Escrituras se advierte del peligro de convertir una doctrina tan gloriosa en el libertinaje más opuesto a la perfecta voluntad de Dios. Y partiendo de las verdades preciosísimas de que la gracia conduce al arrepentimiento y a la fe, y el arrepentimiento y la fe conducen a la pureza, hemos visto llegar en muchos círculos nominalmente cristianos a la licencia perniciosa, la permisividad en la vida de muchos creyente que se conducen inmoralmente, y así ha crecido sobremanera el número de los profesantes que viven creyendo que el arrepentimiento no es para ellos.

No pensemos que esta sea una herejía de los tiempos modernos. No lo es en absoluto, sino que se trata de una tendencia que vemos aparecer en el corazón de muchos creyentes en el curso de los años de la historia de la iglesia, como se desprende claramente de las palabras de Judas 1:4, y sobre las que ya hemos reflexionado anteriormente, respecto a los aparentes cristianos que se introdujeron en la iglesia naciente y enseñaron a practicar el pecado libremente, so pretexto de la gracia soberana de Dios, mediante la fe en Jesucristo, reducida ésta a una especie de humanismo con algunos tintes cristianos.

Fueron y son quienes niegan la soberanía del Señor sobre su iglesia, y quienes aspiraron y aspiran a tomar posesión de ella. De modo que por las palabras de la Epístola de Judas sabemos que la gracia barata se "vendía" ya hace más de dos mil años.⁹

Los falsos profetas y los falsos discípulos siempre se han opuestos en el curso de la historia a la crucifixión de la carne. La advertencia del Apóstol Pablo escribiendo a los cristianos de Filipos es muy significativa, según la cual no se trataba de personas ajenas a la iglesia, sino aparentes creyentes, y tampoco eran pocos, sino muchos, por lo cual el consejo apostólico había sido repetido en muchas ocasiones al respecto :

Filipenses 3:17-19: "Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros. Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal."

La simple confesión con los labios de creer en Jesucristo no es suficiente. Se trata de vivir bajo su señorío. Eso es tener a Cristo Jesús como Señor y Salvador. Recordemos el conocimiento del Señor que poseía aquel endemoniado de la tierra

⁸ Ver también: Salmo 51:17; Mateo 10:39; Lucas 14:27, 33; Gálatas 5:24-26; Colosenses 3:5-7; 2^a Timoteo 2:11-13.

⁹ Ver también: 2^a Pedro 2:9-19.

de los gadarenos, lo que no impedía que fuera un ser poseído por muchos demonios, y quien al ver a Jesús de Nazaret hizo una confesión perfecta en cuanto al reconocimiento de quién era el Señor:

Lucas 8:28: "Este, al ver a Jesús, lanzó un gran grito, y postrándose a sus pies exclamó a gran voz: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes."

El mundo quiere a un Jesucristo a su propia medida. Un Cristo que les excuse por su forma de vida en el pecado y la maldad, en la desobediencia a los mandamientos de Dios, y en la vida que al hombre pecador apetece conforme a su vieja naturaleza carnal.

Por eso son tan numerosas las voces que hoy se alzan pidiendo al cristianismo organizado que considere sus posiciones éticas y morales ante el hecho de encontrarnos en el siglo XXI, como si la datación del tiempo fuera excusa para llamar *a lo malo bueno y a lo bueno malo*.

De ahí también se desprende el porqué el concepto de la "*gracia barata*", es decir, sin compromiso, y la fe sin obediencia, ha barrido a lo largo y ancho de ese cristianismo organizado, sea en la forma de los diversos sistemas rituales y sacramentales o en forma de la fe entendida como mera aceptación mental de un determinado credo.

Frente a tales enseñanzas falsas, la Santa Palabra de Dios nos dice las palabras contundentes del Apóstol Pablo en 2ª Timoteo 2:19:

"Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo."

-0-0-0-0-0-0-

LA SALVACIÓN ES DE DIOS

La salvación no es patrimonio de nadie ni de nada, sino sólo, única y exclusivamente de Dios nuestro Señor.

Apocalipsis 7:9-10: “Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero.”

Así se expresa también el Apóstol Pablo escribiendo a los cristianos de Éfeso:

Efesios 2:8-10: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”

Y lo mismo enseña Pablo en su Carta a los Gálatas 2:21: “No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.”

El testimonio inequívoco de las Sagradas Escrituras es la depravación del hombre por causa de la caída en el pecado, es decir, en la desobediencia a Dios:

Génesis 2:16-17: “Y mandó el Señor Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.”

A partir del acto de la desobediencia el hombre, varón y mujer, siguieron respirando y viviendo, pero espiritualmente murieron. Después de la caída, la humanidad quedó muerta, alejada de Dios y de toda esperanza. Así lo expresa el Apóstol Pablo escribiendo a los cristianos de Éfeso:

Efesios 2:12-13: “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros los que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.”

El hombre no puede allegarse a Dios, no porque no tenga albedrío, sino porque éste está preso y esclavizado bajo el poder de la carne, es decir, de la vieja naturaleza adámica y bajo la voluntad de Satanás.

Efesios 2:1-3: "Y el Señor os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás."

Romanos 3:10-12: "Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno."

Romanos 8:5: "Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu (Santo), en las cosas del Espíritu (Santo)."

1ª Corintios 2:14: "Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente."

Ahora bien, esto no significa que el hombre caído no pueda hacer algo bueno, como se desprende de la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio:

Mateo 7:9-12: "¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le piden? Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas."

Sin embargo, todas nuestras buenas obras en la carne carecen de valor ante Dios nuestro Señor:

Isaías 64:5-7: "Saliste al encuentro del que con alegría hacía justicia, de los que se acordaban de ti en tus caminos; he aquí, tú te enojaste porque pecamos; en los pecados hemos perseverado por largo tiempo; ¿podremos acaso ser salvos? Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento. Nadie hay que invoque tu nombre, que se despierte para apoyarse en ti; por lo cual escondiste de nosotros tu rostro, y nos dejaste marchitar en poder de nuestras maldades."

Lucas 16:14-15: "Y oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él (de Jesús). Entonces Jesús les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación."

El mensaje de la suma de la Santa Palabra de Dios nuestro Señor no puede ser más contundentemente claro al respecto: No hay absolutamente nada que los hombres podamos hacer para recomendarnos delante de Dios. Solamente reconocer la realidad de nuestro pecado, de nuestra maldad consustancial a nuestra carne, es decir, a nuestra naturaleza caída y depravada por el pecado, proceder al arrepentimiento y la confesión de esa realidad, y con sinceridad de corazón entregar nuestra vida en manos de Jesucristo, quien ocupó nuestro lugar en la Cruz del Calvario. Cualquier otro planteamiento no pasa de ser la vieja religión del hombre disfrazada de cristianismo.

Pero la cuestión fundamental es igualmente el reconocimiento de que ese arrepentimiento hacia Dios y la fe salvadora en Jesucristo no son posibles para el hombre natural, muerto espiritualmente en nuestros delitos y pecados.

Génesis 6:5: "Y vio el Señor que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal."

Génesis 8:20-22: "Y edificó Noé un altar al Señor, y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar. Y percibió el Señor olor grato; y dijo el Señor en su corazón: No volveré a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud; ni volveré más a destruir todo ser viviente, como he hecho. Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche."

Jeremías 32:30-31: "Porque los hijos de Israel y los hijos de Judá no han hecho sino lo malo delante de mis ojos desde su juventud; porque los hijos de Israel no han hecho más que provocarme a ira con la obra de sus manos, dice el Señor. De tal manera que para enojo mío y para ira mía me ha sido esta ciudad desde el día que la edificaron hasta hoy, para que la haga quitar de mi presencia."

1ª Corintios 2:14: "Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente."

No hay absolutamente nada que el hombre pueda hacer para salvarse. Es Dios quien ha hecho todo cuanto podía hacerse para proveer salvación a los humanos. Y su plan de salvación fue preparado desde antes de la fundación del mundo, es decir, en los días de la eternidad:

Efesios 2:8-9: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe."

Si el hombre pudiera de sí mismo buscar a Dios y hacer lo bueno, estaríamos en una situación en la que cuando Dios nos dijera que Él nos había escogido, nosotros podríamos responderle diciendo que eso había sido posible solamente gracias a que nosotros le habíamos elegido primeramente a Él. Pero, semejante planteamiento, además de grotesco, mostraría un inmenso orgullo por nuestra parte, una repugnante prepotencia, y chocaría frontalmente con la suma total del mensaje de las Sagradas Escrituras. Resultaría ser una doctrina imposible de conjugar con todas las demás enseñanzas de la Palabra de Dios. Sería una herejía de descomunales dimensiones.

No le demos más vueltas: Si Dios no nos capacitara para creer, para finarnos de Él de todo corazón, jamás podríamos hacerlo por nosotros mismos, desprovistos de su gracia salvadora, con la que Señor toma siempre la iniciativa. Como alguien ha dicho: "*Dios siempre madruga más.*"

1ª Juan 4:19: "Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero."

Juan 15:16: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca."

Romanos 9:16: "Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia."

El justo juicio de Dios hacia el hombre ha sido apaciguado mediante el sacrificio de Jesucristo en la Cruz del Calvario, con el fin de otorgar a los escogidos desde antes

de la fundación del mundo el perdón y la reconciliación con el Dios Eterno por medio del sacrificio de su Santo Hijo. La sangre del Justo Jesús, el Verbo Encarnado, ha sido derramada para el perdón de los pecados de todo aquel que cree.

Esos son los que en las propias palabras de nuestro Señor Jesucristo somos sus "ovejas":

Juan 10:27-30: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno."

Así había sido profetizado ya en las Escrituras del Antiguo Testamento:

Ezequiel 34:11-12: "Porque así ha dicho el Señor Eterno: He aquí yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré. Como reconoce su rebaño el pastor el día que está en medio de sus ovejas esparcidas, así reconoceré mis ovejas, y las libraré de todos los lugares en que fueron esparcidas el día del nublado y de la oscuridad."

Naturalmente, esta promesa está vinculada en primera instancia al pueblo de Israel, sin el cual la cristiandad estaría sola en la historia y en los planes meternos de Dios. De ahí el gran drama de una cristiandad que cree haber substituido y reemplazado al pueblo hebreo, con lo que ha hecho creer a muchos que Israel ha dejado de tener derecho incluso a la existencia. Nosotros creemos que esta es la razón más honda del antisemitismo que actuó como caldo de cultivo en la gestación de la monstruosidad del nazismo y el Holocausto. De ahí las palabras que siguen en la profecía de Ezequiel:

Ezequiel 34:13-15: "Y yo las sacaré de los pueblos, y las juntaré de las tierras; las traeré a su propia tierra, y las apacentaré en los montes de Israel, por las riberas, y en todos los lugares habitados del país. En buenos pastos las apacentaré, y en los altos montes de Israel estará su aprisco; allí dormirán en buen redil, y en pastos suculentos serán apacentadas sobre los montes de Israel. Yo apacentaré mis ovejas, y yo les daré aprisco, dice el Señor Eterno."

Pero no por ser israelitas según la sangre, sino por pertenecer a la simiente de la promesa, será la salvación de los hebreos. De ahí las palabras que siguen en esta profecía:

Ezequiel 34:16-17: "Yo buscaré la perdida, y haré volver al redil la descarriada, vendaré la perniquebrada, y fortaleceré la débil; mas a la engordada y a la fuerte destruiré; las apacentaré con justicia. Mas en cuanto a vosotras, ovejas mías, así ha dicho el Señor Eterno: He aquí yo juzgo entre oveja y oveja, entre carneros y machos cabríos."

Juan 6:39-40: "Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero."

Juan 18:8-9: "Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos; para que se cumpliese aquello que había dicho: De los que diste, no perdí ninguno."

Juan 17:9: "Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que diste; porque tuyos son."

Romanos 8:28-30: "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó."

Comparemos los textos de Jeremías 31:3 con Juan 3:16 y Romanos 8:37, y veremos el alcance de los planes salvíficos de Dios nuestro Señor:

Jeremías 31:3: "El Señor Eterno se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia."

Juan 3:16: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no perezca, mas tenga vida eterna."

Romanos 8:35-39: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro."

Ahora bien, jamás olvidemos que la redención, el rescate, fue realizado mediante un pago, una compra, una adquisición, y a un precio costosísimo: Nada menos que la sangre del unigénito Hijo de Dios; un precio de alcance más que cósmico, superior a todo los valores imaginables, y, naturalmente, jamás merecido por nosotros, inmundos pecadores.

Ese es el verdadero precio de la Iglesia de Jesucristo, como se nos dice en Hechos 20:28:

"Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor (orig. Griego 'de Dios'), la cual él ganó por su propia sangre."

1ª Corintios 6:19-20: "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios."

1ª Corintios 7:23: "Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres."

-0-0-0-0-0-0-

EL LLAMAMIENTO EFICAZ DE DIOS NUESTRO SEÑOR

Esta es una pregunta que siguen haciéndose muchos cristianos hasta el día de hoy: ¿Es resistible o irresistible el llamamiento de Dios al pecador?

Veamos algunos textos clarificadores de las Sagradas Escrituras. Y dejaremos que el lector juzgue por sí mismo.

Comenzaremos por las palabras contundentes de nuestro bendito Salvador:

Juan 6:44: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero.”

Juan 6:64-65: “Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quienes eran los que no creían, y quién le había de entregar. Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre.”

Y escuchemos también la palabra apostólica que nos llega de Pedro:

1ª Pedro 1:23: “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.”

Creemos que el Santo Espíritu de Dios puede ser resistido, pero no a causa del llamado libre albedrío del hombre, sino a causa precisamente de todo lo contrario; es decir, de la falta de libertad del albedrío humano.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles hallamos un texto que nos parece muy clarificador al respecto de lo que estamos considerando:

Hechos 7:51-54: “¡Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores; vosotros que recibisteis la ley por disposición de

ángeles, y no la guardasteis. Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones, y crujían los dientes contra él (contra Esteban)."

¿Qué debe acontecer para que un alma verdaderamente se arrepienta?

Una de las ocasiones en que la Biblia responde a nuestra pregunta se halla en el libro del profeta Jeremías:

Jeremías 31:18: "Escuchando, he oído a Efraín que se lamentaba: Me azotaste, y fui castigado como novillo indómito; conviérteme, y seré convertido, porque tú eres el Señor Eterno, mi Dios."

No es posible la conversión si Dios no produce en el corazón del hombre un cambio transformador radical:

Juan 3:3-8: "Respondió Jesús (a Nicodemo) y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu (Santo), no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu (Santo), espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu (Santo)."

2ª Corintios 4:6: "Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo."

1ª Corintios 1:22-24: "Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios."

Hechos 13:47-48: "Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz a los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra. Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna."

Una vez que nuestro corazón de piedra ha sido transformado en corazón de carne, sensible a la voz del Espíritu Santo, y eso sólo Dios puede hacerlo, entonces el llamamiento del Señor por medio de su Santo Espíritu pasa de ser "*resistible*" a ser "*irresistible*".

1ª Corintios 1:9: "Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor."

Creemos, por tanto, en la perseverancia final de los santos. Sin embargo, creemos también que esta preciosísima doctrina no significa la tolerancia del pecado, como si se tratara de una licencia para pecar impunemente. No se trata de la "*gracia barata*", a la que hemos dedicado ya una parte amplia de este estudio, ese cristianismo sin seguimiento de Jesucristo, sin anhelo de ser llenos del Espíritu Santo para vivir en santidad; sin temor reverente de Dios nuestro Señor; esa filosofía distante de todo compromiso, en un frío alejamiento de la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro Señor y Salvador.

Recordemos siempre que no tiene verdadera fe quien afirma con sus labios que la tiene, sino quien ha nacido de nuevo, de lo alto, del Espíritu Santo, de simiente

incorruptible, y como consecuencia sigue a Jesucristo como su único Señor y Salvador personal y eterno.

Existe una distancia más que astronómica entre la fe genuina, la de Jesucristo, y aquella que sólo es vana y por tanto pasajera. La fe verdadera es don, regalo de Dios, y su vivencia trae consigo muchas bendiciones, pero también el otorgamiento de padecer con el Señor. Así lo expresa el Apóstol Pablo al escribir a los cristianos de Filipos:

Filipenses 1:29: "Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él."

1ª Corintios 15:1-2: "Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano."

La desobediencia a la Palabra de Dios es prueba de que quienes viven de ese modo no son verdaderos creyentes, nacidos de nuevo, sino meros profesantes religiosos motivados por el miedo o la superstición. Tengamos presente que el verdadero creyente es fiel porque el Eterno, por medio de su Santo Espíritu, le ha grabado los mandamientos divinos en su corazón:

Jeremías 31:33: "Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo."

Hebreos 8:10-12: "Por lo cual este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo; y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos. Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades."

El texto fundamental para quienes creen que la salvación genuina, obra de Dios y no del hombre, puede perderse, se halla en Hebreos 6:4-6:

"Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio."

Si este pasaje significara que los fieles pueden perder la salvación, sin más, también deberíamos notar que el texto nos dice que es imposible volver a ser salvo; y aunque en principio parece estar refiriéndose a fieles, a verdaderos creyentes, si continuamos leyendo el contexto, comprobamos por la descripción que se hace de ellos, que no habían sido genuinamente salvos:

Hebreos 6:7-9: "Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida; y su fin es el ser quemada. Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación, aunque hablamos así."

Recordemos que nuestro Señor Jesucristo comparó a los hombres con distintos tipos de terrenos:

Mateo 13:19-23: "Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador: Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino. Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza. El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa. Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno."

La "buena tierra" es la que recibe la semilla: "Mas la que cayó en buena tierra, éstos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia." (Lucas 8:15).

Aquellos de quienes habla Hebreos 6 eran hipócritas que se engañaban a sí mismos y a los demás, con apariencia de cristianos, como tan frecuentemente ocurre en nuestros días, pero, naturalmente, no podían ni pueden engañar a Dios, por cuanto nuestro Señor no puede ser burlado.

Nada, absolutamente nada más alejado del libertinaje que la perseverancia de los redimidos. Entre muchos textos, creemos que son muy significativas las palabras que nos llegan del Apóstol Pablo en la Carta a los Romanos:

Romanos 3:8: "¿Y por qué no decir (como se nos calumnia, y como algunos, cuya condenación es justa, afirman que nosotros decimos): Hagamos males para que vengan bienes?"

Es evidentísimo que ya entonces se daba el malentendido, consciente o inconscientemente, de la enseñanza apostólica respecto a la gracia de Dios y la perseverancia final de los santos, atribuyéndole al Apóstol Pablo la calumnia de enseñar que era posible vivir perdidamente y creer que la salvación era un derecho, en lugar de ser una vida en compromiso y santidad, en una fe comprendida como obediencia.

El argumento paulino al respecto de lo que venimos considerando continúa en Romanos 6:1-8:

"¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él."

Lo mismo se nos dice en otros textos del Nuevo Testamento:

1ª Pedro 2:15-16: "Porque esta es la voluntad de Dios; que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios."

Hebreos 12:14: "Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor."

La perseverancia de los santos no es cristianismo sin compromiso. Sin compromiso no es posible la santidad. Los santos perseveran, y los que perseveran son los santos. Los creyentes sin fidelidad no son creyentes verdaderos. La perseverancia en la fe obediente produce santidad. Esa clase de perseverancia y la salvación son sinónimos absolutos, si bien semejante forma de vida traerá consigo odio y persecución de parte de los enemigos de Cristo, tanto externos como dentro de las propias instituciones eclesíásticas, muchas de las cuales sólo son organizaciones mundanas desvinculadas de la Persona y la Obra del Espíritu Santo:

Mateo 10:22: "Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo."

Nuestra seguridad, pues, está fundada en la obra de nuestro Señor Jesucristo, dentro de la historia en su sacrificio vicario en la Cruz del Gólgota, y su ministerio eterno como Sumo Sacerdote de Melquisedec, en el Santuario Celestial:

Hebreos 8:6, 10, 12-13: "Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo (de Jesucristo), cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas... Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo... Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades. Al decir Nuevo Pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer."

El verdadero cristiano está seguro en Cristo Jesús porque persevera, y persevera porque está seguro en Cristo Jesús. Esta es una conjugación del paradigma de la fe que supera en mucho nuestro entendimiento, y que nos hace vivir confiados, sabiendo en quién hemos creído.

El testimonio bíblico al respecto de lo que venimos estudiando es muy numeroso. Veamos algunos ejemplos:

1ª Corintios 1:7-9: "De tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo; el cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor."

2ª Tesalonicenses 3:3: "Pero fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal."

1ª Corintios 10:13-14: "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os hará dejar ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar. Por tanto, amados míos, huid de la idolatría."

El verdadero cristiano podrá caer, pero no permanecerá caído ni continuará en el pecado, sino que por la gracia de Dios procederá al arrepentimiento y la confesión de su maldad:

Salmo 37:23-24: "Por el Señor son ordenados los pasos del hombre, y él aprueba su camino. Cuando el hombre cayere, no quedará postrado, porque el Señor sostiene su mano."

Salmo 145:14: "Sostiene el Señor a todos los que caen, y levanta a todos los oprimidos."

Filipenses 1:6: "Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo."

1ª Tesalonicenses 5:23-24: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.”

2ª Timoteo 4:7-8: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.”

1ª Juan 1:9-10: “Si confesamos nuestros pecados, él (Dios) es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.”

1ª Pedro 1:5: “Sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.”

2ª Timoteo 4:18: “Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.”

-0-0-0-0-0-0-

EL VERDADERO ARREPENTIMIENTO

La llamada al arrepentimiento es el ingrediente que más escasea en los esfuerzos evangelizadores de nuestros días. Su ausencia se siente en campañas, conciertos y eventos en los que sobreabundan música, cantantes, megafonía, venta de libros y *merchandising evangélica* que produciría sin duda mucha vergüenza y desconcierto en quienes nos precedieron en la fe.

Sin embargo, cuando vamos a las páginas de los Evangelios allí hallamos a Jesús de Nazaret comenzando su ministerio público con una clara llamada al arrepentimiento:

Mateo 4:17: “Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”

Marcos 1:14-15: “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, y diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.”

¿Qué significa realmente “arrepentimiento”? ¿Es sentir pena por el pecado, remordimiento y poco más? La voz hebrea para “arrepentimiento” es “teshuvá”, y su raíz es “shuv”, que es “volver”, “volverse”, “darse la vuelta con intención de regresar a una posición anterior”. Dirigida al pueblo hebreo, es una llamada de parte de Dios a los hijos de Israel, para que éstos vuelvan al Eterno y a su Palabra.

Por consiguiente, hacer “teshuvá”, es decir, proceder al arrepentimiento, es convertirse hacia un lugar o posición que se ocupó en un tiempo, y que después se abandonó. Así podemos comprender las palabras de nuestro Señor Jesucristo, quien nos dice cuál es el motivo de su venida para estar entre nosotros:

Lucas 19:10: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.”

Y sabemos por las propias palabras de nuestro Salvador que Él no vino solamente por las ovejas perdidas de Israel, sino que, como Él mismo nos dice en Juan 10:16:

“También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquellas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor.”

Por eso nos dice así en el momento de su ascensión a la gloria que tuvo con el Padre antes de su Encarnación:

Mateo 28:16-20: “Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaban. Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.”

Hubo un día en que la humanidad caminó con Dios, por lo que la llamada del Señor al regreso es precisamente a andar en el camino del Eterno. De ahí que esa llamada no sea solamente para los hijos de Israel, sino que en Jesucristo es una vocación de carácter universal, sin discriminación por procedencia ni género.

Por eso afirma la Sagrada Escritura que en Cristo Jesús todas las distinciones de cualesquiera especie han sido borradas:

Gálatas 3:26-29: “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa.”

El genuino arrepentimiento comienza por el reconocimiento de haber cometido una transgresión, el dolor propio de haber desobedecido al Señor, la confesión del pecado a Dios y cuando sea posible también a la persona herida u ofendida, el abandono de semejante acción o actitud, y la restitución del daño cometido, cuando ésta sea posible.

La parábola casi mundialmente conocida del *“Hijo Pródigo”* es probablemente el mejor ejemplo que podemos hallar en las Sagradas Escrituras para ilustrar lo que significa el arrepentimiento. Forma parte del capítulo 15 del Evangelio según Lucas, en el cual se encuentran las otras dos parábolas: La *“Oveja Perdida”* y la *“Moneda Perdida”*.

Sin embargo, el lector avisado pronto se percata de que la conocida como *“Parábola del Hijo Pródigo”* comienza diciendo: *“Un hombre tenía dos hijos”*, no *“un hijo solo”*, por lo que debería haber pasado a conocerse como la *“Parábola de los dos hijos perdidos”*.

El título de *“Parábola del Hijo Pródigo”* ha servido seguramente de forma involuntaria para que se desvirtuara el propósito didáctico de la misma, hasta diluirse casi completamente, al proyectar toda la atención sobre el hijo menor que toma su parte de la herencia y la malgasta en la provincia apartada, olvidando al hijo mayor, o bien dejándole en un último plano.

Vamos a recordarla comenzando por el contexto en el cual Jesús la contó:

Lucas 15:1-2: “Se acercaban a Jesús todos los publicanos (recaudadores de impuestos al pueblo hebreo a favor del imperio romano y las autoridades locales impuestas por éste) y pecadores para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come.”

Frente a estos dos grupos de personas, por una parte los publicanos odiados por todos, y los pecadores despreciados por los estrictos cumplidores legalistas, y por otra parte los fariseos y los escribas, orgullosos de sí mismos, Jesús procede a enseñarles mediante estas tres *"meshalim"* lo que significa el amor de Dios, quien no hace acepción de personas, y el genuino arrepentimiento. Naturalmente, esta enseñanza de nuestro Señor endurecerá más los corazones de quienes se consideran especiales, *"decentes de toda la vida"*, y viven amparados en los *privilegios* de sus *orígenes*, sus *raíces*, su *extracción social*, su *status* y su *praxis religiosa*.¹⁰

Lucas 15:11-32: "También dijo (Jesús): Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes. No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle. Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros. Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse. Y su hijo mayor estaba en el campo; y cuando

vino, y llegó cerca de la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: Tu hermano ha venido; y tu padre ha hecho matar el becerro gordo, por haberle recibido bueno y sano. Entonces se enojó, y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase. Mas él, respondiendo, dijo al padre: He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando vino este tu hijo, que ha consumido tus bienes con rameras, has hecho matar para él el becerro gordo. Él entonces le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado."

¹⁰ *"Mashal"*, plural *"Meshalim"*, fue traducido por los LXX como el griego *"parabolé"*, y así pasó al latín *"parabola"*, y de ahí al castellano *"parábola"*. La raíz del hebreo *"mashal"* es *"mitad de algo"*, y de ahí se desprende su sentido de *"comparación"* y *"contraste"* mediante una expresión, historia o cuento que declara contundentemente una verdad suprema. Por otra vertiente, esta voz conlleva el sentido de *"gobernar"*, *"reinar"* y *"dominar"*. Su presencia en el Antiguo Testamento supera las cien ocasiones en que aparece en el texto veterotestamentario. La primera vez se halla en el versículo 18 del primer capítulo de Génesis, en el que se traduce por *"señorear"*, refiriéndose a las lumbreras del Sol y la Luna, sobre el día y la noche, y para separar la luz de la oscuridad. En Génesis 4:7 se aplica a Caín, quien debe *"enseñorearse sobre el pecado"*. Y en el Salmo 66:7 se aplica al Dios Eterno, quien *"se señorea con su poder para siempre."*

Jesús estaba allanando el camino para que los cobradores de impuestos para Roma, traidores a su pueblo hebreo, y los pecadores, entiéndase aquellos conocidos por todos por su mala vida, pudieran regresar a la comunión con Dios y su Palabra. Ese es el camino del arrepentimiento, del retorno a los caminos de la Santa Ley de Dios.

Aquellos publicanos y pecadores anhelaban volver a la comunión con Dios y su Ley Santa, pero no les resultaba fácil porque los religiosos no les facilitaban la reinserción. Creyéndose "*santos*" y "*justos*" no conocían el amor de Dios, el perdón, la misericordia, la justicia, la bondad. Por eso es que se acercaban a Jesús, porque en nuestro Señor sentían la acogida del amor divino, la aceptación, el abrazo sincero del Hermano Mayor que venía a buscar y a salvar a los hermanos menores perdidos, sin reproches, sin castigos, sino, antes bien, con la enseñanza del arrepentimiento y del perdón del Padre que ama a todos sus hijos, a quienes nunca deja de verlos como tales, por muy lejana que sea la provincia a la que nos hayamos podido distanciar.

Jesús les explica a los fariseos y a los escribas mediante las parábolas de la "*Oveja Perdida*", de la "*Moneda Perdida*" y de los "*Hijos Perdidos*", la razón por la que Él acoge a los pecadores que se le acercan, se reúne con ellos y comparte incluso su mesa. Todo su propósito se centra en hacerlos volver. Ese es el arrepentimiento.

Además, nuestro bendito Salvador nos enseña mediante los "*meshalim*" que hay dos tipos de pecadores, los que caen en la práctica del pecado de forma crasa y desvergonzada, como es el caso del hijo menor de la parábola, y los que viven la praxis del pecado de manera hipócrita, como es el caso del mayor.

Pero la diferencia entre ambos no significa que no haya perdón para ambos, sino que el amor de Dios procura el arrepentimiento para los dos mediante una "*teshuvá*" desde cualesquiera sea la transgresión cometida, y por muy grande que ésta haya sido.

Curiosamente, ambos ven en el padre de la parábola, la clara figura que señala al Padre Eterno, al proveedor de su bienestar mundano, simplemente como la fuente de su sostén y seguridad.

¡Cuánto ha de aprender en este sentido la corriente de fe mercantilista o de prosperidad mecánica que tan hondamente ha penetrado en la cristiandad de nuestros días! ¡Cuánta similitud hay entre la visión que estos dos hijos tienen del padre y la visión de Dios que circula en muchos lugares en nuestros días!

El hijo menor representa al pecador desvergonzado, carente de temor de Dios ni de respeto a su padre. Exige su parte sin miramiento alguno hacia su padre, quien se ve obligado a repartir la parte de la hacienda que les correspondía a cada uno de sus hijos.

El hijo mayor se siente justificado porque su cumplimiento es estricto, pero sin cercanía ni confianza con el padre. También recibe la parte de la herencia que le corresponde, pero sigue pensando que era su padre quien tenía que sufragar sus fiestas con sus amigos y proveer el cabrito para la cena. Además, recrimina al padre por el perdón al hijo que, según él, había malgastado su parte de la herencia con ramerías. ¿De dónde le había llegado aquella información? ¿Dispondría de algún canal de información del que nunca participó a nadie? ¿Por qué había guardado silencio tanto tiempo ante su padre?

El mayor no acepta al arrepentido porque no puede ver el amor del padre. En lugar de alegrarse por el regreso de su hermano, a quien dirigiéndose al padre llama "*este hijo tuyo*", se enoja y no quiere entrar a participar del banquete, sino que, antes bien, procede a acusar a su hermano de los pecados cometidos.

El pecado del mayor es creerse mejor, especial, justo, y, por consiguiente, no necesitado de arrepentimiento, como todos cuantos mencionan los pecados de los demás, pero ocultan y silencian los suyos propios. Por eso no hallamos ninguna referencia a que el hijo mayor interviniera cuando el menor pidió su parte de la herencia para irse lejos. Se limita a recoger la parte de la herencia que le corresponde y guarda silencio.

Ahora se encuentra con algo que jamás hubiera podido imaginar: Su hermano ha vuelto, derrotado, mugriento, harapiento, pero arrepentido. Y el padre ha hecho fiesta por la alegría de recibir a su hijo bueno y sano. Lo anterior pertenece ya al pasado. El amor del padre lo ha cubierto todo. Así es el amor de Dios.

En este *"mashal"* de nuestro bendito Señor y Salvador se mencionan los dos primeros pasos del arrepentimiento genuino: El primer paso radica en el reconocimiento de haber cometido una transgresión del mandamiento divino. Esto acontece cuando el hijo menor vuelve en sí y comprende la situación en que se encuentra, cuando, quizá por primera vez, comienza a sentir lo que significa no estar con su padre, y, por consiguiente, también lo que significa no ser hijo.

El hijo menor había querido ser libre sin darse cuenta de que en la casa del padre ya lo era. Y ahora contemplaba a los cerdos que gruñían mientras devoraban las raciones contadas de algarrobas. El joven se daba cuenta ahora de que separarse del padre había sido como querer separarse del aire. Era, pues, el momento de emprender el camino de la *"teshuvá"*.

El segundo paso se manifiesta en la confesión de la transgresión, cuando el menor le dice al padre cuál ha sido su pecado y contra quiénes: Contra el cielo y contra su padre, por lo que el hijo deja de considerarse merecedor de ser *"hijo"*, y sólo se conforma con ser un trabajador más de la hacienda.

Sin embargo, los dos pasos siguientes en el proceso del arrepentimiento no se dan en la parábola. Ni se menciona ninguna imposición de restitución del daño cometido, ni hay ninguna palabra de parte del padre amonestando al hijo a que no vuelva a cometer esa misma transgresión. ¿Por qué perdona el padre al hijo menor y lo restaura a la posición que tenía antes de su separación?

Nuestro bendito Salvador quiere enseñar a aquellos leguleyos, y a todos nosotros, que el perdón divino es inmediato para quienes se arrepienten de todo corazón. El perdón de los cielos es instantáneo tan pronto el pecador reconoce su pecado, lo confiesa y se da la vuelta con sinceridad. De manera que cuando la *"teshuvá"* es genuina, con todo el corazón y el alma, no hay que esperar a efectuar cualquier restitución posible, ni cambio alguno, para recibir el perdón, sino que es el perdón el que producirá los cambios y transformaciones en el pecador arrepentido. Los cambios y las restituciones se harán, pero no son prerequisites para experimentar el perdón.

Dios nos ama y nos recibe tal y como somos, pero su amor es tan inmenso que no nos dejará continuar siendo como somos. Es el amor perdonador del Señor el que produce en nosotros los cambios. El perdonado hará toda restitución posible. Reparará en lo posible todos los daños producidos. Se alejará de los pecados que le fueron perdonados. Esos serán los primeros frutos del arrepentimiento.

El hijo mayor no puede comprender que su hermano menor se haya arrepentido verdaderamente, y que ese sea suficiente fundamento para ser recibido con gozo y fiesta; que haya sido restituido a su lugar de hijo, con el anillo que simboliza la autoridad, el calzado que cubre la desnudez de sus pies sobre el camino recorrido; que haya sido recibido por el padre y por toda la hacienda sin ninguna objeción ni reticencia, sino con alegría desbordante. Ahí radica la necesidad de *"teshuvá"* del

mayor, quien precisa de arrepentimiento porque se cree mejor y más digno que su hermano menor, y por eso no lo quiere recibir.

El hijo que nunca se fue lejos, siempre vivió igualmente distante de su padre, por cuanto nunca gozó de su cercanía, de su comunión. ¿Llegaría a comprender algún día lo que significaba vivir sin el padre? ¿Comprendería lo que representa no ser hijo a pesar de serlo?

Creemos que en esta parábola de nuestro Salvador está la clave para la restauración de los hijos de Israel, de Efraim, esparcido entre los gentiles, y de Judá; entre todos los hijos de Abraham, judíos y árabes; entre judíos y cristianos; entre todos los hombres de esta tierra.

Isaías 11:13: "Y se disipará la envidia de Efraim, y los enemigos de Judá serán destruidos. Efraim no tendrá envidia de Judá, ni Judá afligirá a Efraim."

-0-0-0-0-0-0-

CONCLUSIÓN

Hemos realizado un largo camino por las Sagradas Escrituras tratando de distinguir entre la gracia barata, sin compromiso, y la cara, la que costó la vida de Jesús de Nazaret, quien ha sido hecho Señor y Mesías; entre la fe verdadera, la que obra por el amor, y la muerta, la carente de obediencia; entre la estrategia del malo y el cuidado del Espíritu Santo; y entre la religiosidad de quienes se creen superiores y el arrepentimiento genuino de los humildes.

No hemos podido cubrir todas las dimensiones de semejante empeño, pero hemos logrado cuando menos acariciar algunos pasajes fundamentales de la Biblia respecto a la inmensidad del amor de Dios, de su perdón y de la vida nueva que se nos ofrece en Jesucristo.

Hemos visto que quien quiera vivir en la obediencia de Cristo Jesús, Unigénito Hijo del Padre, Dios manifestado en carne, Mesías de Israel y Deseado de las naciones, será libre del pecado:

Judas 24-25: "Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén."

Frente a una salvación filosófica y descarnada, creemos y afirmamos que Jesucristo ha venido para darnos vida y vida abundante, liberación de nuestras iniquidades y preparación por la obra del Espíritu Santo para nuestro acceso en el Gran Día de Dios a la vida en el Mundo Venidero, en los nuevos cielos y la nueva tierra que Dios prepara, y en los que reinará la justicia.

La obra del Señor no se ha completado todavía dentro del tiempo y del espacio, convergencia que conocemos como nuestra historia. Pero sabemos que ya es una realidad en el corazón y la mente de Dios nuestro Señor.

La historia de la salvación, que comienza con el llamamiento de Abraham, y que continúa con Moisés y el resto de los profetas, los llamados a ser voceros del Dios

Altísimo, tiene su culminación en Jesucristo, como dice el autor de la Epístola a los Hebreos 1:1-2:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras, en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo.”

En Él, bajo la Nueva Alianza en la sangre de Jesucristo, y hecho éste Sumo Sacerdote del Orden de Melquisedec, podemos tener acceso a las promesas que fueron dadas a conocer por el Señor a través de los profetas antiguos:

Jeremías 31:31: “He aquí que vienen días, dice el Señor, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá.”

Ezequiel 16:59-62: “Pero más ha dicho el Eterno Dios: ¿Haré yo contigo como tú hiciste, que menospreciaste el juramento para invalidar mi pacto? Antes yo tendré memoria de mi pacto que concerté contigo en los días de tu juventud, y estableceré contigo un pacto sempiterno. Y te acordarás de tus caminos y te avergonzarás, cuando recibas a tus hermanas, las mayores que tú y las menores que tú, las cuales yo te daré por hijas, mas no por tu pacto, sino por mi pacto que yo confirmaré contigo; y sabrás que yo soy el Señor.”

Jeremías 32:40: “Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí.”

Este será el cumplimiento de la salvación para el mundo venidero, de la restauración de todas las cosas, y de la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Aquella liberación del pueblo de Israel de debajo de la garra opresora del imperio faraónico, fue figura y sombra de la libertad del mal proceder que atenaza y debilita a nuestra humanidad, mientras camina de espaldas a Dios. Pero viene el día en que todas las promesas de Dios nuestro Señor se cumplirán con el Segundo Adviento de Cristo Jesús.

Jesús Mesías ha penetrado en el verdadero Santuario Celestial como nuestro precursor para ofrecer al Padre su sacrificio realizado en la Cruz del Gólgota. El Dios Eterno ha aceptado esa ofrenda, por cuanto sólo en Jesús tiene el Padre sus complacencias. Y Jesucristo, sentado a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, intercede por nosotros como sumo sacerdote, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre.

Esa es nuestra segura y firme ancla del alma: Que Jesucristo es quien se presenta por nosotros ante Dios, “por cuanto permanece para siempre y tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.” (Hebreos 7:24-25).

Mientras tanto, aquí y ahora, o bien estamos en la “*Casa del Padre*”, de nuestro Padre, o bien otros “*señores*” nos dominan. Si Dios es nuestro “*Dueño*” y “*Señor*”, en la “*Casa del Padre*” poseemos la libertad de los hijos de Dios, somos hijos y no criados, y disfrutamos del acceso constante al Padre por la intercesión de Jesucristo su Hijo, nuestro Hermano Mayor.

De lo contrario, seremos siervos de nuestros propios deseos carnales, y de todos los apegos y caprichos esclavizantes que el mundo emplea para mantener atados a los hombres.

Seremos entonces esclavos de otros “señores”, dependientes de fuentes secas y objetos de nuestros propios miedos y fobias, o del dios “Mamón”, es decir, del amor al dinero, símbolo del poder de dominación y principio de todos los males.

Somos un campo de batalla en el que hemos de librar la lucha que determine si queremos ser hijos e hijas de Dios o esclavos del poder que temporalmente rige al mundo.

Si nunca has rendido tu corazón a Jesucristo, no dejes pasar un solo instante sin hacerlo, arrepintiéndote de tus pecados y recibéndole como tu Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente:

Juan 1:11-13: “A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron. Mas a todos los que lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.”

Amén.

J.Y.